LA VENGANZA.

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS.

POR

J. M. C. B.



MADRID MDCCLXXXV.

POR D. JOACHÎN IBARRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

CON LAS LICENCIAS NECESARIRS.

ADVERTENCIA.

Si la naturaleza me hubiese concedido el raro y admirable talento de hacer buenos versos castellanos, no publicaria en prosa el presente Drama, porque á mi parecer contribuiria la rima á darle mayor energía y magestad.

El Pinciano, Cascales, y D. Ignacio de Luzan prefieren la prosa al verso en los Poemas épicos y dramáticos, opinando que es el lenguage mas natural para los razonamientos, y el que todos hablan y entienden.

"El estilo poético, dice un sabio

suspended, gran Señor, el fiero golpe.
Anton. Pues cómo os atreveis?
Candil. Ya es demasiada
tu inquinia contra el niño: yo le amparo!
Tres Ojos. Los Cavalleros de tus cercunstancias,
al ruego de los buenos se moderan,
acello por mi amor, y desta causa
sepamos el motivo.
Anton. Ya, Tres Ojos,
hoy por tí le perdono, mas mañana,
sino desiste de tan vil intento,
mi acero à su gañote le amenaza.
D. Clet. Pero qué ha sido?
Monif. Yo lo diré todo;
Anton. Pues como tú ante mi!
Candil. Teneos, habla,
cuentalo, Monifacio, pues yo gusto.
Monif. Pues mi madre, Candiles, me lo manda,
es fuerza la obedezca, es el asunto
de toda esta irronia, y esta rabia,
que me quiero casar.
D.Clet. Por eso solo,
oye usted Tio Anton, yo me casára
à no ser por las ordenes que tengo:
Anton. Pues qué ordenes teneis?
D.Clet. Hay que no es nada,
mi renta es eclesiástica, y no puedo
contraer matrimonio, aunque me holgára,
pues yo toco el bajon en un rosario.
Anton. Confieso mi delito, y mi ignorancia.
Tres Ojos. Bueno está para ahorcallo. *aparte.*
Anton. Sea presto,
Monifacio, dexar esa muchacha,
ò morirá à la fuerza de un tosigo,
que tengo preparado para dalla.
Monif. Cómo tosigo, vive Jesu-Christo
que à no ser vos quien eso me entonára,

le rompiera (mal digo) con mi furia,
el corazon del pecho le sacára,
y desecho en cenizas, por el ayre
fueran de mi altivéz precipitadas;
yo dexar de querer à mi Vegiga,
yo abandonar à mi Vegiga amada,
primero moriré.

Tres Ojos. Con la Vegiga
casarte quieres; sabes que es mi hermana?

Monif. Ya lo sé.

Tres Ojos. Pues por vida de Tres Ojos,
que yo te he de amparar, no temas nada,
à tu lado me tienes, soy tu amigo.

Ant. Hijo malvado, de mi vista marcha,
y no te pongas donde mas te vea.

Monif. Pues ya que ansi me echais de vuestra casa,
dexar lleve mi ropa.

Candil. Y es muy justo.

Ant. Candiles, ese justo no me agrada;
pero en fin llevala, aunque antes quiero
que me entregues las cuentas que en el arca
tienes con tus vestidos, y ansi mesmo
pasar lista à tu ropa, pues tus mañas
ya sabemos qual son.

Toma Monifacio una Arca que habrá à un lado, y la pone en medio, y saca de ella lo que dice el verso.

Monif. Quánto padezco!
tomad esos papeles.

Ant. Y estas rayas,
qué quieren demostrar?

Monif. Doce quaxares,
que dió mi madre à la Tia Retamas,
mas abajo lo dice por escrito.

Ant. Y estas seis cruces?

Monif. Son callos de baca,

 que

manuscritos, y comprehender mejor de este modo el espíritu de su admirable trama; de la qual voy á dar una idea sucinta.

Nada está mas cerca, ni hay cosa que diste mas de nosotros, que un mal amigo, decia Marcial [1]; y esta verdad es la que se demuestra con la moral mas sublime en las escenas de esta composicion teatral con pinturas tales, que á un mismo tiempo admiran y recrean: en ellas se advierte, que el delito y la virtud, la rabia y la piedad, el aborrecimiento y el amor se combaten, desplegando todas sus fuerzas con movimientos opuestos.

Al principio la jóven modesta extrañará que un hombre mozo desatienda las vehementes impresiones del

1 *Nihil tam propè proculque nobis.*

amor por corresponder á la mas pura amistad; pero á pesar de la resistencia de su corazon, aplaudirá, instada de una virtud heroica, la accion generosa de posponer la hermosura al amigo.

Seguidamente se observará al héroe amante, oprimido por una pasion violenta, sospechar de su esposa, ultrajando á su amigo; y advertirémos, que la trama en que está confundida la inocencia, va texida con tal destreza, que la sospecha parece natural y aun disculpable.

Quando el espectador considere los odiosos arrebatos de la venganza, y la diabólica trama urdida por mil imposturas, con las quales el abominable falso amigo destruye á la belleza inocente y á la sagrada verdad, su ánimo no podrá ménos de

llenarse de indignacion y furor.

El detestable autor de tan horrendos males causará admiracion al auditorio. Los ultrages que habia tolerado, la imágen de su patria regada con la sangre de los Moros, y la de su padre, que amaba tiernamente, y espiró en sus brazos, ocasionáron sus justas penas, fomentáron su encono, y diéron lugar á aquella horrible venganza, objeto de esta Tragedia, que quizá excitará vuestros elogios.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Óyese una horrible tempestad, se está acabando la noche, y adviértense los crepúsculos, que dan una escasa luz, la qual se ha de aumentar insensiblemente.

ZANGA. *Solo.*

Esta mudanza, la afliccion interior que me devora, y el terrible contraste de pasiones, que agitan mi corazon, son efecto preciso del vergonzoso golpe que sufrí injustamente. Este espantoso ruido, dimanado del tumulto admirable de elementos, forma en mi pecho no sé que agitacion muy lisonjera. ¡Ó tempestad benigna! Vientos, nubes, mares, que rompeis, sumergis y confundis, ¿seréis por ventura propicios á mi infelice suerte? Sí, sí lo creo; pues veo en vosotros la imágen de mi tranquilidad. ¡Ó quanta conso-

nancia tiene este desórden de la naturaleza con la lóbrega melancolía de mi alma!

ESCENA II.

ZANGA Y ISABEL.

ZANGA.

¿Quien es? ¿Eres tú, Isabel?

ISABEL.

Sí, amado esposo: no puedo desviarme de tu lado; pues tu ausencia me sobresalta aun mas que la tempestad.

ZANGA.

No admiro te desveles: en tales noches solo los muertos pueden reposar. Estoy entregado á mi imaginacion: retírate, que ahora no deseo compañía.

ISABEL.

Conozco que quieres estar solo; mas no te he dexar: no, Zanga, no me atrevo á dexarte. Esta espantosa noche ha excitado en tu mente alguna idea infausta: sí, amable esposo, sí, alguna novedad extraordinaria ocupa tu imaginacion, y yo debo saberla. ¿Una

muger, que te ama tiernamente, que sacrificó por tu cariño su honor y libertad, no merece tu confianza? *Llora.*

ZANGA.

¿Lloras, infeliz? Pues óyeme. Mas tráguete el infierno, si descubres el secreto que voy á confiarte : : : Te confundirá una sola palabra : : : Aborrezco á Alfonso. Sí, le abomino : reserva ahora esto, y despues sabrás lo demas.

ISABEL.

¿Tú aborreces á Alfonso? Me admira tal novedad, porque siempre he creido que era tu mayor amigo y favorecedor.

ZANGA.

Óyeme atentamente : Seis años ha que ese grande hombre (así debo llamarle) me venció en el aciago dia en que privó á mi padre de la vida ; y advirtiendo sagaz mi justa pena, mi dolor y rabia, y el vehemente deseo de vengarme, solo trataba de captar mi afecto, colmándome de honras : : : Mas un dia : : : noche para mí de horror y confusion : noche de maldicion, infernal

noche, instado acaso de su atroz orgullo, me dió una bofetada::: No le asesiné, porque darle la muerte aun no era para él digno castigo::: Despues acá procura que yo olvide aquella afrenta, y no ha habido caricia de que no use para conseguirlo. Ese insensato cree que la olvido: solo en donde los hombres carecen de virtud dexan de ser delitos las ofensas; y creen que semejantes injurias merecen indulgencia, quando exîgen la mas dura venganza.

ISABEL *temblando.*

El despecho que en tu semblante advierto, me estremece. Si pudieras enterarme con mas moderacion.

ZANGA.

Débil muger, tímida é inocente, dime: ¿no tiene la víbora activo veneno para defenderse de los que la ofenden? Pues tambien le tengo yo para salir de entre los pies de Alfonso. Orgulloso Español, te acordarás de mí. Desde aquel odioso dia de mi deshonra jamas he

visto, sin maldecirle, al sol que renueva mi vergüenza, ni tampoco sin bendecirla á la noche, que me la hace olvidar por algunas horas: sueño en mi justa venganza: mas ¡ó esperanza fútil! no acabo de gemir, ni de solicitar la oportuna ocasion de satisfacer completamente mis deseos, y todavía no la he hallado; no obstante desde hoy concibo grandes esperanzas de aniquilarle con la ambicion de la gloria, que estima mas que la vida. Proponíase, marchando de noche, sorprehender el campo Moro; pero, segun mis avisos, los hallará prevenidos para rechazarle con ventaja; y si se le desgracia una accion tan importante, basta esto para ofuscar el resplandor de todas sus gloriosas conquistas.

ISABEL.

Quando entré yo, llegó un expreso de Don Alfonso.

ZANGA.

¿Y para quien?

ISABEL.

Para su amigo Don Cárlos.

ZANGA.

¡Ó Mahoma, seme propicio en esta hora, y concede á mi alma la venganza que solicita! Consiste la venganza en una constancia noble, que nos enseña á cobrar la deuda contratada con nuestro honor, y en la prudencia de hacer que sirva el aprecio de los demas á nuestra conservacion. Pero ya amanece: voy á buscar á Don Cárlos, y aclarar mis dudas.

ESCENA III.

D. CÁRLOS Y D. MANUEL.

D. MANUEL.

¿Que novedades teneis de correo?

D. CÁRLOS.

Una muy apreciable: la victoria de Alfonso, que aunque sospecha la infidencia de alguno en el secreto de su proyecto, sin embargo ha dexado en el campo bañados en su sangre vein-

te mil enemigos. No tardará en llegar: : : Héroe invencible, único amigo mio, ¡como te abrazaré! : : : Amaba yo á la hermosa Leonór mucho tiempo ántes que la suerte de un infausto combate me librase á las manos de los Moros, de las quales, despues de muchos ímprobos trabajos, vino Alfonso á sacarme, cultivando por encargo mio, miéntras gemia en el amargo yugo, el corazon de mi adorada Leonór, y logrando al mismo tiempo captar la voluntad de su padre en favor mio: : :

D. MANUEL.

¿Y qual es la resulta de sus buenas ausencias?

D. CÁRLOS.

Leonor es muy cruel, y aun mas su padre, que á pesar del lugar distinguido que ocupa en el ánimo del Soberano, ama mas el dinero, que las honras, y solo piensa en reparar las pérdidas que le ocasionáron los Moros en las últimas refriegas: me agasaja con

singular esmero, deseoso de que quanto ántes dé la mano á su hija, porque sabe, que aquella flota, que dirigí á Levante, viene interesada, y se halla ya á la vista de nuestras costas: Dios quiera salvarla de esta borrasca.

D. MANUEL.

Por allí entra al lado de su padre.

D. CÁRLOS.

Obsérvala atentamente: dime: ¿no parece la brillante verdad, que el tiempo encanecido trae por la mano? : : : Ves al punto hácia el muelle, tal vez habrá llegado algun navío. Permita el cielo que traiga nuevas no tan funestas como las presiento.

ESCENA IV.

D. CÁRLOS, ÁLVAREZ, LEONOR.

ÁLVAREZ.

Hago por vos, Don Cárlos, y uso en vuestro favor de toda la autoridad que un padre justo tiene sobre una hija, creyendo que no serán vanos mi deseos.

D. CÁRLOS.

Siga Dios vuestras intenciones, pues en ellas consiste la felicidad ó desgracia de mis dias.

ÁLVAREZ *á su hija.*

Hija mia, la felicidad de la vida depende casi siempre de nosotros, y consiste en la prudencia de las elecciones. Á todos los que llama el vulgo desgraciados, si los exâminas de cerca, verás, que los mas son imprudentes, y abundan en vicios; y de esto inferirás, que las palabras *desdicha*, *fatalidad* es un lenguage inventado por locos para disfrazar sus absurdos, y salvar de algun modo su crédito. Es Don Cárlos hombre ilustre, y sus considerables rentas pueden reparar la fortuna de un Príncipe adeudado: sus navíos vienen cargados de aquel metal sagrado, que hace Emperadores y Reyes. (*Á D. Cárlos.*) En fin vos notais mis deseos, y espero que mi hija os oirá gustosa.

ESCENA V.

D. CÁRLOS Y LEONOR.

D. CÁRLOS.

Señora, ¿por que causa tanta tristeza? ¿Es acaso porque yo soy ménos infeliz? Hasta que vuestro padre me permitió aspirar á esa preciosa mano, vuestros divinos ojos han estado serenos : : : ¡Ay Leonor! ese importuno llanto ahoga la alegría, que empezaba á anidar mi triste pecho.

LEONOR.

¿Creeis, Don Cárlos, que es mi padre indulgente conmigo, porque no extiende su autoridad hasta cortar mis lágrimas? : : : ¡Ay! Una hija, Señor, que no tiene mas libertad que su llanto, es sin duda sumisa y obediente.

D. CÁRLOS.

¡Ó quan amarga pena sufre mi corazon!

LEONOR.

No os detengais, Señor, en mis des-

consuelos, que ya obedezco á mi padre : y : : :

D. CÁRLOS.

De ningun modo : desobedece, Señora, á vuestro padre ántes que concederme favor alguno con violencia; pues no es mi ánimo encubrir al mundo ese desden, esa aversion impía, que tanto me contrista : ya que soy desgraciado, quiero serlo á los ojos del orbe, que no me negará el consuelo comun á todo miserable, y no quiero encubrir con el aparente velo de la felicidad la mayor de todas las desgracias. El amor mio solo puede pagarse con otro amor tan tierno; y tu presencia bella, que idolatro, y es para mí un tesoro imponderable, será mi mayor pena, si no me manifiesta con íntimos afectos el voluntario don de ún corazon obligado por el mio.

LEONOR.

La delicadeza del sexô nos hace muchas veces incomprehensibles; pues quando obtenemos la mayor fortuna,

que era quizá objeto de nuestros deseos, aun queremos persuadirnos á que no es aquella nuestra verdadera dicha. Otro hombre no tan solerte, ó ménos reflexîvo que vos, no experimentaria tantas penas; pero hay algunos á los quales su elevado talento convierte la fortuna en pena amarga.

D. CÁRLOS.

Yo no esperaba tan rudo desengaño; y fiado en la buena acogida, que en tiempos, para mí ménos aciagos, merecí á vuestro afecto, he instado para solemnizar el himeneo; mas ahora que advierto esos desdenes, pierdo toda esperanza. ¡Justo cielo! ¿como podré lograr tu fiel cariño, Leonor bella? ¿Como? ¡Ay triste! : : :

LEONOR.

Permitidme, Señor, que : : :

D. CÁRLOS.

Esos suspiros penetran hasta lo mas íntimo de mi pecho, y considero, que los que lanza al vuestro mi terneza no le afligen, no, tan ferozmente: : Siem-

pre he oido, que los malos no entrarán en el cielo: ¿y qual es mi culpa para que no me admitais en vuestra gracia? ¿No advertis mi dolor y mi quebranto, y el fuego destructor en que me abraso? ¡Ó, y quantas veces ausente, aprisionado y oprimido adoraba la imágen de esas bellas perfecciones!

LEONOR.

No acrimineis mis faltas, representando mis ingratitudes. Si los discursos sirviesen algun tanto, yo pudiera exponeros algunos mas vehementes que los que me mostrais sin exîgirlos. Vos sois un hombre de valor, prudencia y pundonor: pues ¿por que creeis que estas virtudes, que todo el mundo admira, no hallan en mí el aprecio que merecen, y la recompensa de vuestro afecto? Sosegaos, Señor: reflexîonad sobre las mismas razones que os agitan, y despues hablarémos.

D. CÁRLOS.

¡Ay, Leonor! para mí todo es ya des-

esperacion, y mi corazon castigado con los desengaños, desfallece, sin mereceros el menor cuidado. Por estar á vuestros pies he despreciado la amistad y la gloria: estuve sordo á las voces del honor, que me llamaba á la lid de la mañana, dexando solo á Alfonso el afan de combatir la muchedumbre: y:.: *Óyense trompetas.*

LEONOR.

El vencedor se acerca; y yo me ausento.

D. CÁRLOS.

¿Y por que causa?

LEONOR.

Por atender á las obligaciones de mi estado: el arribo del General os llenará de gustos y consuelos, y mi presencia no os los ofrece, pues solo sirve de angustiarnos: permitidme por bien de los dos que me retire.

D. CÁRLOS.

¡Ó quan tarde lo conozco! ¡Solo el que ama padece desgracias verdaderas! ¡Quan ufanos estarian los Moros, si así me viesen!



ESCENA VI.

D. CÁRLOS Y D. ALFONSO.

D. CÁRLOS.

Alfonso, amigo, ya respiro, pues me veo en tus brazos::: En ellos y en tu pecho se ensancha mi corazon. ¡Á quien abrazo yo, cielos divinos! ¿no es al vencedor del África?

D. ALFONSO.

Di aun mas: al amigo de Cárlos. La conquista del mundo entero despreciara, si por ella hubiese de perder el menor afecto de tu amistad: quando combatia no estabas un instante fuera de mi memoria (*abrazándole*); y este es el premio de mis fatigas y de mi victoria.

D. CÁRLOS.

Sí: bien puedes llamarla así, pues tu brazo formidable ha hecho el campo de batalla sepulcro del Africano.

D. ALFONSO.

La viva imágen de tu esclavitud, y

la idea de los crueles tormentos que en ella padeciste, me inspiráron una rabia feroz, que no conocí hasta entónces, y me esforcé á castigar á aquellos desleales.

D. CÁRLOS.

Bien sabes quanto amo á la bella Leonor; y si vieses los estragos que esta triste pasion hace en mi alma, compadecieras á tu infeliz amigo: tu amistad ensancha mi espíritu abatido: en tu compañía experimento contento puro, y un regocijo que es casi ya delirio. Se calmáron mis ansias, y mi interior se va tranquilizando. El amor ofrece dichas acompañadas de penalidades: sus tiernas sensaciones llegan al último término de los deleytes humanos, y ningun otro placer le excede; pero tambien es un fiero letargo que nos fatiga, sin que el amortiguamiento y la pena dexen de mezclarse con sus dulzuras.

ESCENA VII.

D. CÁRLOS, D. ALFONSO Y ZANGA.

ZANGA *á D. Cárlos.*

D. Manuel, que acaba de llegar del muelle, desea, Señor, hablaros en asuntos que dice os importan, y quiere estar á solas: :

D. CÁRLOS.

¿Á solas? Vamos : : : Alfonso, estaré aquí al momento, pues nada puede separarme de tí por mucho tiempo.

ESCENA VIII.

D. ALFONSO Y ZANGA.

ZANGA.

Ya executé, Señor, vuestros preceptos.

D. ALFONSO.

¿Vendrá aquí la hermosa Leonor?

ZANGA.

Sí, Señor, al instante.

D. ALFONSO.

Ven, Zanga, acércate, que voy á franquearte mi corazon. En el glorioso dia de mi conquista me veia rodeado de míseros cautivos cubiertos con su sangre, y deseosos de dar la vida por no sufrir mas tormentos; y es tal al presente mi infeliz situacion, que soy mas desdichado que ellos lo eran entónces: sí, qualquiera de aquellos desdichados es mas afortunado que tu amo::: Desde que eres mi esclavo, no lo ignoras, Cárlos mi amigo, el hombre que mas quiero, me encargó cultivase el cariño de su Leonor, y captase la voluntad de su padre para que se la concediese; mas ¡ay de mí infeliz!::: Yo la he amado tambien; pero mi falta en parte es perdonable, si es que las de esta clase pueden serlo: le creia muerto; pues no sé por qué fatalidad, ni como ninguna carta suya llegaba á mis manos.

ZANGA *á parte.*

Gracias á mí que las interceptaba, y

que he logrado el fruto que esperaba.

D. ALFONSO.

La amo á pesar mio, la idolatro: arranqué de las manos de los Moros á Cárlos, y traxe con él á España mi amigo y mi ribal.

ZANGA.

Señor, á vuestro afecto debe su dama y tambien la vida.

D. ALFONSO.

Es sin duda, y su vida aflige la mia. Mas dime: ¿está señalado el dia de hoy para las esponsales?

ZANGA.

Sí, Señor, así lo creo.

D. ALFONSO.

En medio de mil glorias y fortunas soy el mas infeliz de los mortales ::: Mas allí viene Leonor, voy á despedirme, y á morir: ::

ZANGA *á parte.*

Si perdieras mil vidas, respiraria mi oprimido pecho. ¡Suerte cruel! Mi patria subyugada: seis años con esperanza de vengarme, y pasados en vano.

Naturaleza justa, no pereceré solo: otros suspiros unidos á los mios impondrán al Universo de mi muerte.

ESCENA IX.

D. ALFONSO Y LEONOR.

D. ALFONSO.

El mas impío, el peor de los mortales no padece tan atroces tormentos, como sufre mi alma en este instante.

LEONOR.

¡Que advierto! ¡El conquistador del África en tal estado de turbacion y abatimiento! Creia que habiais dexado los cuidados á nuestros enemigos.

D. ALFONSO.

Bien conozco, Señora, que mis lágrimas incitan vuestra risa: jamas las derramé hasta que os he amado. Vencí al Africano con la esperanza de obtener vuestro aprecio, y no el escarnio; mas no debo quejarme. Una sola palabra deseaba deciros mi cariño. Mas ¡ay, Leonor!

LEONOR.

Esa pasion, de que os atreveis á hacer

alarde, es un delito, que no se ha podido fomentar sin ofender á Cárlos: no me apreciais en mucho, pues exîgis mi amor por premio de una infidelidad.

D. ALFONSO.

¿En que os ofendí, Leonor amable, para que useis conmigo esos rigores? ¡Quan insensato he sido! Estaba persuadido á que la última despedida, que venia á implorar, seria ménos severa: á Dios para siempre. Agradezco en cierto modo tan atroces impiedades, y me será dulce la muerte: : :

LEONOR *á parte.*

Á Dios para siempre. La muerte dulce: : ¡ó cielos! Deteneos, Alfonso, no quede Leonor abandonada, pues quizá hallará disculpa á vuestro delito.

D. ALFONSO.

En tan infeliz situacion, en tal conflicto ¿que podria yo hacer? : : : Por servir á mi amigo os obsequio; y siempre que os veo, ¡ó dulce encanto! : : : Yo os he hablado, Señora, por Cárlos con toda la sinceridad de mi co-

razon: solo aspiro á conseguir vuestro aprecio; y si este es un delito, tambien incurriria en él qualquiera otro. No es posible vencerme; y pues padezco, y soy desgraciado, no creo ser delinqüente: mas si os persuadis á que estoy culpado, advertid el amargo castigo con que espio mi sincera pasion. ¿Aun quereis mas? ¿No estoy lleno de angustias postrado á vuestros pies? ¿No soy el mas triste de los hombres? ¿Es este por ventura el instante que habeis destinado para darme muerte? ¡Ay, Leonor! ¡Ó destino inhumano! : : :

LEONOR.

Si vos solo sufrieseis el castigo de un amor inocente; ¡ay!, yo me ausento para nunca mas: : :

D. ALFONSO *deteniéndola.*

¿Pues quien siente conmigo los pesares? Hablad, Señora.

LEONOR.

Es á veces fortuna la ignorancia, y voy al punto: : :

D. ALFONSO.

Os suplico me saqueis del cuidado en que estoy. ¿Pues que cosa podrá afligirme tanto como el tedio y encono, que siempre me mostrais? : : :

LEONOR.

Como os lisonjean: : :

D. ALFONSO.

¡Lisonjearme! ¿Y por que? : : :

LEONOR.

No pretendais aclarar mas vuestro destino : os aborrece Leonor: sí, os aborrece: : :

D. ALFONSO.

¿Si será cierto, cielos? ¿Mas que miro? ¡Las lágrimas! ¿Si provendrán acaso del enojo que os doy? ::: ¡Ó, y quan amargo dolor agita á mi alma! ::: ¡Vanas esperanzas! ¡Mas que puedo esperar, cielo benigno! : : : ¿Si será verdad? ¿Si el amor, si la causa de sus lágrimas? ¡En que confusion, en que abismo de horrores está mi alma!

LEONOR.

¿Por que no habré salido ya de esta

estancia? ¿Por que remisa? : : :

D. ALFONSO.

¿Que quieren decir esas lágrimas? ¿Que causa, amado bien? : : :

LEONOR.

No sé si expresan algo mis lágrimas: quando ví las de Alfonso: : :

D. ALFONSO.

Agitado de su pasion se arrodilla, y la coge la mano.

¡Dios eterno! ¿que extraña pasion es esta? Leonor amable, colmo de la humana felicidad, solo para quererte puso el Ente Supremo el deseo en el corazon de los hombres. Vos sois sobre la tierra la suprema recompensa de la virtud. ¿Y vos, que sosteneis mi espíritu, me quitais la vida? : : :

LEONOR.

Perdonad, Señor, un amor que os ultraja. He luchado mil veces con mi pasion, y esto acaso podrá servirme de disculpa: : :

D. ALFONSO.

La justa correspondencia á mis cariños

no es delito, Señora. Mas ¡ó cruel destino! ¿Es este el premio de un año de suspiros, llantos y mortales angustias? : : : Pero ¡ó desgracia! ¡Ó amigo mio! : : :

LEONOR.

¡Ó Dios eterno! : : :

D. ALFONSO.

¿Que decis, bien mio? Explicad vuestras ideas, que ya mi pecho: : :

LEONOR.

No sé que diga, ya que mi adversa suerte: : :

D. ALFONSO.

¿No es hoy el dia en que se solemniza vuestro enlace con mi estimado Cárlos?

LEONOR.

Es cierto que mi padre así lo habia dispuesto; mas advirtiendo lo mucho que repugnaba este enlace á mi corazon, resolvió consultaros ántes de determinar.

D. ALFONSO.

¡Ó tormento cruel! ¿No es bastante per-

derla, sin que sea yo mismo el que la entregue? ¿No cumplo con morir, sino que he de ser mi homicida? ¡Ó suerte miserable!

LEONOR.

¿De que provienen tantas indecisiones y sorpresas? ¿No quereis ya ser mio? ¿La débil expresion de mis afectos nada os merece? Mi padre puso en vuestras manos su voluntad y poder, y vos remiso sin el ardor que exîge mi cariño: : :

D. ALFONSO.

La voluntad, el poder de asesinar á mi amigo ::: No puede mi corazon concebir una idea tan odiosa.

LEONOR.

Asesinar, Señor, á vuestro amigo, será accion indigna de vos : : : Mi vida sin embargo debe seros amable, sí, Alfonso : mi sincera pasion es muy acreedora á vuestro aprecio. Bien conozco que este discurso os sorprehende : tambien á mí me estremece; mas si es grande mi culpa, vos sois cómplice en

ella, y esto puede librarme de la nota:::

D. ALFONSO.

¡Ó tormento! ¡Ó angustia! : : :

LEONOR *despues de algun silencio.*

¡O vergüenza, quanto y como me humillas! Pero yo lo merezco; pues quando una muger se humilla á suplicar, debe estar segura de obtener. Me detestais, Alfonso, lo conozco: tambien yo me aborrezco desde que me veo envilecida. ¡O noche obscura, sepúltame en las tinieblas ántes que muera de vergüenza! : : :

D. ALFONSO.

Ántes se pierda todo: : :

LEONOR.

¿Que resolveis, Señor? Mi padre llegará ya muy en breve; y : : :

D. ALFONSO.

¡Que respuesta, mi Dios! La leeré en tus divinos ojos: : : ¿Ceder yo al dulce objeto de mis ansias? ¿Enagenar para siempre á la hermosa Leonor? No puedo resolverme : : : Si os vuelvo á mirar, estoy perdido: : :

LEONOR.

¿Perdido? ¿Pues por que? : : : ¿Tan terrible es ceder á los justos deseos, quando van tan de acuerdo con los mios? ::: Inhumano, ¿para que ganar un corazon sencillo, si habia de ser desatendido impiamente?

D. ALFONSO.

Va hácia ella en ademan de abrazarla, hace un movimiento de espanto, y se aparta.

No, Leonor: para siempre soy vuestro: en desprecio de Cárlos : : : de mi amigo, sí. Cárlos se me presenta: le veo pálido, desfigurado, y que en medio de un delirio cruel se arranca los cabellos, y echa espuma por la boca. Sí: gradúo su corazon por el mio: : : Muere de rabia: : :

LEONOR.

¡Con quanto desconsuelo se aventura aquel á quien se ama! : : :

D. ALFONSO.

No prosigais, Señora, que mi pecho

oprimido de mil remordimientos::: ¡Ay, Alfonso infeliz!:::

LEONOR.

¡Y con quanta amargura se contrae un enlace forzado!:::

D. ALFONSO.

¡Ay, Leonor! ¡O muger infeliz!:::

LEONOR.

¿Es posible, Señor, que tan omiso, tan tibio, ó indeciso así desatendais mis finas ansias?:::

D. ALFONSO *separándose mas.*

¡O amor impio! ¡Amor mil veces mas temible que la muerte!:::

LEONOR.

¿Podrá Alfonso mirar con indolencia á su fiel Leonor en otros brazos?:::

D. ALFONSO.

Muera yo mil veces con tal que sea honrado y conseqüente. ¡Ay, mi bien! Si mi vida pudiera ser el premio de ese afecto, gustoso la daria. Mas ¡ó amistad sagrada!:::

LEONOR.

¿Es acaso virtud la inconsistencia de

vuestro corazon? ¿Adonde están aquellas tiernas y vehementes promesas, que ha merecido la infeliz Leonor? Separaos para siempre de una muger fiel y desgraciada: : :

Se va hácia el telon.

: : :

D. ALFONSO *deteniéndola y absorto.*

Alma de mi alma, causa primitiva y única de mi vida, ¿adonde estás? : : Soy para siempre tuyo : : no oiré los gritos de la ámistad, pues para qualquiera delito que cometa, he sufrido con antelacion la pena: : :

LEONOR.

Deteneos, Alfonso: merezca ser oida una muger amante y desdichada, que os entrega su tierno corazon. Confieso que os amo á pesar de las ansias y amarguras que he sufrido; pero ya que he padecido tan impias desventuras, quiero sacar de ellas algun fruto moral: quiero, sí, acreditarme; y vea el mundo, que he sabido imitar el noble exemplo, que vos me habeis

mostrado. He sido culpada : persistir en mi delito, teniendo delante de mis ojos un modelo tan bueno, sería otro aun ménos digno de vuestro aprecio. Todas las razones que puedo yo exponer para obligar á vuestro corazon, son vanas : renunciando la dicha, podré quizás merecerla ; y pierdo para siempre desde este instante la esperanza de ser vuestra : : : ¿Quien, yo he de contribuir á que sea Alfonso delinqüente? : : : No, aunque aventure la vida : no lo hará Leonor. Quiero que nuestros nombres se eternicen en la memoria de los venideros siglos. Sí, Alfonso, ya llegó el caso de poder imitar constantemente vuestro sublime exemplo, logrando de este modo complaceros.

ESCENA X.

D. ALFONSO *solo.*

¡Ya se ha ido para nunca mas verla! Voy á padecer los rigores de su au-

sencia, y á adorarla hasta morir ::: Leonor divina, quando los sudores de la muerte cubran mi helada frente, y quando exhale el último suspiro, mi espirante voz pronunciará tu nombre.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

D. MANUEL Y ZANGA.

ZANGA.

Si es cierta esa desgracia, os acompaño en el sentimiento que en ella os cabe::: ¿Y quando llegó esa triste nueva?

D. MANUEL.

Ahora acaba de llegar.

ZANGA.

¿Ningun navío se ha salvado?

D. MANUEL.

Ninguno: los sumergió la tempestad, y se ven hácia la costa fluctuando entre las olas algunos restos de precio-

sidades, que excitan la compasion de todos.

ZANGA.

¿Luego Álvarez está resuelto á negarle su hija? ¿Ese tesoro naufragará para él como los otros?

D. MANUEL.

Se excusa Álvarez con la repugnancia de Leonor al matrimonio, insinuando muy frívolos pretextos; pero la resistencia era la misma esta mañana, y no obstante él consentia y aun la animaba. El favor de Álvarez seguia á Don Cárlos con la fortuna, y se confundió con ella, pues la avaricia dirige su duro corazon; y esta pasion es vicio propio de su alma, y de su edad.

ZANGA.

¿Y como sobrelleva D. Cárlos un trastorno tan lamentable?

D. MANUEL.

Como el hombre del corazon mas noble.

ZANGA.

¿Luego ha perdido ya toda esperanza?

D. MANUEL.

Ninguna tiene de hablar á la bella Leonor, pues Álvarez lo impide, y apresura á Don Alfonso y á su hija para que hoy mismo se den las manos; y no ignora que se aman.

ZANGA.

¿Oyó mi amo con gusto esa noticia?

D. MANUEL.

Al principio sí; pero despues se acabó la alegría, porque reflexîonaba, que con tal accion destruia á su amigo.

ZANGA.

Nada de eso, si su amigo consiente; y á mas de eso Don Cárlos: : :

D. MANUEL.

¿Y como ha de pedir ese permiso? No lo permite su corazon generoso: : : No: no podrá Don Alfonso resòlverse, conociendo que puede faltar á Don Cárlos resolucion para cedérsela: mas yo voy á consolar á Don Cárlos en sus aflicciones.

ESCENA II.

ZANGA *solo.*

Esto empieza ya á tomar cuerpo. Conozco que este vasto proyecto alegra mis ojos; así como la tierra inculta á los de aquellos navegantes, que proejando contra las olas, han acabado hasta el último alimento:: Yo sacaré partido de un descuido.

ESCENA III.

ZANGA Y ISABEL.

ZANGA.

¿Eres tú, Isabel?::: Moria de despecho; pero ya renacen mis esperanzas:: bulle en mi pecho la venganza: en él reside, como una cruel serpiente, que me anima, y ofrece su veneno:: Dime, Isabel, ¿quanto tiempo hace que llegó Don Cárlos?

ISABEL.

Hace dos noches que vino.

ZANGA.

¿Vino en la noche misma, que precedió al dia de la batalla? : : : ¡Memoria frágil! Acuérdate de esta época dichosa, que ofrece campo á mis tramas::: Hasta ahora no tengo mas que un monton de ideas confusas; mas ya sabré aclararlas. ¿Á que hora llegó?

ISABEL.

Á media noche.

ZANGA.

Bueno: : : Y dime: ¿vió en aquella misma noche á Leonor?

ISABEL.

No.

ZANGA.

Nada importa: : : ¿Que piensas tú de Alfonso? ¿No es verdad que es muy honrado, y que teniendo un corazon incapaz de falsedad, tampoco la creerá en el mio? ¿No es así?

ISABEL.

Nadie puede conocerle como tú, que debes confesar la nobleza de sus procederes.

ZANGA.

Bien, muy bien, eso basta. Traeme el tintero y el libro de memorias.

ESCENA IV.

ZANGA *solo.*

Dos noches hace que ví á la cabecera de mi cama la sombra de mi padre, que se sonrió por dos veces: no comprehendí entónces de donde provenia aquella alegría; pero ahora advierto, que me anunció una próxîma y completa venganza: la única pasion capaz de resucitar á los muertos.

Entra Isabel con el recado de escribir.

ESCENA V.

ZANGA Y ISABEL.

Zanga escribe, y despues lee.

Todo consiste en que Álvarez esté ya resuelto::: Si se casase Alfonso con ella hoy mismo, ofendia á su amigo::: No se determinará á pedirle permiso;

y aun quando se resolviese, tal vez no le obtendria, pues nadie contribuye gustoso á su propio daño. ¿No seria una destreza digna de mi astucia el hacer que Don Alfonso la pidiera de modo, que no pudiese negársela su amigo, y despues de este convenio, que será la prueba mayor de su amistad, tramar zelos y desconfianzas para afligir á Alfonso? : : : He reflexîonado quantos tormentos pueden oprimir al corazon humano, y no he hallado ninguno tan cruel como los zelos, que son el colmo de las desgracias. El zeloso sufre mil muertes; y hay en su pecho ménos tranquilidad que en el infierno: : : ¡Ó impios zelos! ¿Que son en comparacion tuya las demas pasiones? Reyna de los tormentos introduces el fuego abrasador de los mortales. ¡Como y quanto los martirizas! ::: Sí, tú eres el temible contrapeso de los placeres, que ofrece la hermosura.

ISABEL.

Hácia aquí viene Don Alfonso.

ZANGA.

No podia llegar á mejor tiempo. Retírate. Demonios pérfidos y sutiles, que estais en los Palacios vestidos de cortesanos, y que con afectadas risas y agasajos perdeis mas hombres que un exército fiero, enseñadme á contrahacer mi semblante, substituyéndome otro impostor: mostradme mil estratagemas, mil tenebrosas é infernales máxîmas para que destroce á un hombre, que abomino.

ESCENA VI.

ZANGA Y D. ALFONSO.

ZANGA.

Os felicito, Señor, os doy el parabien.

D. ALFONSO.

¿De que?

ZANGA.

¿Pues no es ya vuestra la amable Leonor?

D. ALFONSO.

¿Y que seria de Cárlos?

ZANGA.

Siendo amigo vuestro, y no pudiendo aspirar á su mano, le servirá de consuelo que la obtengais.

D. ALFONSO.

¡O, y quan poco conoces la violencia del amor! Es despótico: quiere reynar solo sin tolerar ribales; y rompe los nudos mas sagrados de la amistad, si concibe de ella zelos. Mucho quiero á Cárlos; y sin embargo yo sé los tormentos, que esta mañana he padecido, considerando que iba á ser suya Leonor; y las ansias que padecia yo entónces padece ahora mi amigo.

ZANGA.

¿Pues que, Señor, no será esposa vuestra?

D. ALFONSO.

No; porque no es posible que yo agrave las penas de Cárlos.

ZANGA.

Ya os entiendo, Señor: quereis dila-

tarlo hasta tanto que Cárlos se tranquilice: : :

D. ALFONSO.

¿Y no es muy justo?

ZANGA.

Aprecio, Señor, vuestros errores, porque dimanan de un corazon sincero; mas la amistad os lleva ciegamente al precipicio; pues si reflexionaseis la causa del infortunio de D. Cárlos, que os puede acaecer mañana, no dilatariais vuestro enlace, porque no hay duda en que Álvarez prefiere siempre al opulento. Vos, Señor, pensais tal vez en solemnizar vuestras bodas despues que se ausente Don Cárlos. ¿Y si de aquí á entónces varía vuestra suerte? : : : Ya la perdió vuestro amigo; y si os acontece lo mismo, será un nuevo tormento, que le preparais, quando deseais consolarle (*á parte*). Bueno: se turba: esto le hace meditar.

D. ALFONSO.

¿Crees, Zanga amigo, que si la pido á Cárlos, me la cederá?

ZANGA.

No lo dudo : creo firmemente que os la cederá.

D. ALFONSO.

¿Reflexîonas quan violenta me será esta demanda?

ZANGA.

No, Señor, no creo que estimais á vuestro amigo. ¿No os debe la libertad y la vida?

D. ALFONSO.

Esa es la causa de que sea imposible mi peticion. Si yo fuese para él un extraño, le hablaria claramente ; pero pedirle una gracia en pago de otras, es lo mismo que cobrar una deuda.

ZANGA.

En fin, Señor, nadie como vos puede advertir la alternativa cruel, que os oprime. Creo merece Leonor, que hagais por ella un esfuerzo semejante al que ella ha hecho. Si yo no os estimase, nada me importaria vuestra suerte ; pero soy agradecido , y no

puedo dexar de preveniros lo que mas os conviene. Aprecio mucho á D. Cárlos ; pero ántes que todos sois vos en mi estimacion. Conozco mejor que vos la alternativa cruel, la aflictiva situacion en que vivis, porque estoy exênto del error que os obceca, y será en adelante vuestro mayor tormento: : : ¡Que poco detendrán esas preocupaciones á Don Lope de Castilla!: : :

D. ALFONSO.

¡Maldito nombre! ¿Que he de ver yo sacrificada su beldad á un viejo enfermo? No: suplicaré á Cárlos, si es que mi corazon me lo permite. ¿Aun no le he visto despues de su infortunio, y le buscaré ahora para afligirle mas? ::: ¡Ay, Cárlos infeliz!

ESCENA VII.

ZANGA.

Ya está arreglada la mitad de la obra: no obstante es necesario asegurarme de

las ideas de Don Cárlos ántes de seducir á Alfonso.

Sale á dar un recado á un criado, y entra al instante.

¡Orgullosa España, regada tantas veces con sangre sarracena! ¿no conoces el feroz enemigo que en tí encierras? ¿Como no tiemblan al verme tus suntuosos y antiguos monumentos?:::: ¿No adviertes que voy á saciar mi furia vengadora en el héroe que te ilustra? ::: ¡O santo Profeta! inclina por un instante tus ojos hácia la tierra: mira mis tormentos: mira á este perro christiano, á este infiel, que se atreve á insultar á tus hijos: que odia tu santa ley; y que así, y todo aspira á la eterna felicidad. ¿Sufriréis, Señor, que disfrute acá del paraiso? Envenena su corazon con la esperanza, que nos ultraja, haciendo que una hermosura, de quien espera su dicha, sea la maldicion de sus dias::: Mas aquí llega nuestro desdichado amante confundido en su tristeza:::

ESCENA VIII.

D. CÁRLOS.

Vil esperanza, que prometes sin tasa, ¡quanto me has hecho padecer con mentiras y mas mentiras en el espacio triste de veinte años! ::: Conozco que para ser feliz en la tierra, es necesario ser del todo loco, ó del todo cuerdo; mas yo no soy tan demente, que pueda conformarme con apariencias vanas, y aereas felicidades; ni tan cuerdo para sacar de mis desgracias una dicha aparente. ¿Y que son aquellos deleytes, que creemos verdaderos, qué son sino penalidades, pues no pueden durar? (*Suspira.*) No obstante siempre hablan de felicidades los ménos advertidos, sin duda porque el artificio de los que poseen bienes del mundo, les dan un nombre hermoso para excitar el deseo de los incautos; pues para los opulentos la envidia de los otros es una lisonja, que satisface su vani-

dad. ¿Á quantos vemos andar con tranquilidad afectada, manifestando alegría al mismo tiempo que su conciencia los arguye y reprehende? Sabemos esto, y sin embargo no nos convencemos: queremos probar lo ya sabido. ¿Y que sucede? Que cada experiencia nueva confirma la precedente; y á los ochenta años nos dicen las canas lo que ya sabíamos á los veinte.

ZANGA.

Compadezco, D. Cárlos, vuestra suerte infeliz. ¿Os han faltado todos los recursos?

D. CÁRLOS.

Ninguno me ha quedado; pues Álvarez tiene el corazon de bronce. Mi desgracia es irremediable; y tan difícil de enmendar mi suerte, como recobrar el tiempo perdido.

ZANGA.

Bastante padecia vuestro corazon, sin que se le agregasen las penas de un amor tan mal premiado.

 84

D. CÁRLOS.

Ya sé que Alfonso ama tambien á Leonor: le compadezco.

ZANGA.

Bien seguro estaba yo de que le compadeceriais; mas él no se inclina á creerlo.

D. CÁRLOS.

¿Que quieres decir con eso?

ZANGA.

Que duda os lisonjee su felicidad; pues no quiere pediros un favor, que qualquiera os suplicara: un favor que no os ofende, y ántes debe agradaros, por ser para la mayor fortuna de vuestro amigo.

D. CÁRLOS.

Explícate, di ::: Su fortuna es la mia.

ZANGA.

Ama con exceso á Leonor; pero tiene tal deferencia á su amigo, que no se determina á pedírsela á Álvarez hasta lograr vuestro consentimiento, y no se resuelve á pedírosle. Como le estimo tanto, procuraba instarle para que os

franquease su corazon, advirtiendo el desconsolado estado en que se hallaba vuestra terneza para con él, y la fuerza de su razon, supuesto que para vos era ya inútil la empresa: logré, despues de muchos ruegos, que me diese palabra de esforzarse; y vengo á preveniros para que le admitais benignamente.

D. CÁRLOS.

Si se casa con ella, entónces sí que mi desdicha es irremediable; porque si se verificase tal enlace, ni Álvarez mismo podria mudar mi destino, y aliviar mîs penas.

ZANGA.

¿Pues no acabais de decirme, que *Álvarez tiene el corazon de bronce, y que es tan difícil de enmendar vuestra suerte, como recobrar el tiempo perdido?*

D. CÁRLOS.

¡Ó destino cruel! ¿No es bastante condenarme á no verla nunca? ¿Ni cumplo con morir? ¿He de ser martirizado aun en el sepulcro? ¡Pedirme el

consentimiento! ¡Entregársela yo! ¡Que he de guiarla! ¡Que he de depositarla yo mismo en el tálamo nupcial de otro! ::: ¡Ay, Leonor! No, no podrá hacerlo el desdichado Cárlos:::

ZANGA *á parte.*

¡Que un rayo le destruya, si rehusa!:::

D. CÁRLOS.

¿Y se ha de casar hoy mismo?

ZANGA.

Hoy, ó nunca; pues si mañana se presenta otro amante mas rico, será Alfonso tan despreciado, ó mas que vos. ¿Y quien será la causa de su daño? Don Cárlos, que será el Álvarez de Don Alfonso.

D. CÁRLOS.

¿Que partido he de tomar?

ZANGA.

El que os tranquilice.

D. CÁRLOS.

No sé lo que he de hacer.

ZANGA.

Su fortuna es la mia: así lo habeis dicho, y yo no me atrevo á dudarlo.

D. CÁRLOS.

Dar la muerte á mi amigo, es determinacion cruel: la otra es todavía peor. No sé que haga:::

ZANGA.

No insisto mas: estoy ya persuadido y conozco, que lo que os pido es tal vez demasiado: lo creí posible esta mañana, quando ví que D. Alfonso la cedia á Cárlos, sacrificando su amor á la amistad. Esta noble accion me engañó; pero ahora advierto que el tal esfuerzo es mas penoso de lo que yo creia:::

D. CÁRLOS.

Tú me reconvienes, y:::

ZANGA.

De ningun modo; ántes bien siento haberos insinuado cosa que no os place. ¡Quan sensible será para D. Alfonso!:::

D. CÁRLOS.

¡Que he de mortificar, que he de oprimir á mi fiel amigo!::: Sí; ó de otro modo me veo precisado á cederle mi bien. ¿Que haré en conflicto tal? Recibir, ó dar un golpe mortal, son dos

penalidades iguales: es elegir entre la muerte y la muerte. ¡Ó muger! ¡Ay, Leonor! Difiere, Zanga, esta decision terrible á lo ménos por un dia: alguna casualidad conciliará quizás el amor y la amistad. Ves, detenle: haz que no me vea: evita este careo, que será la muerte de ámbos.

ZANGA.

Tengo obligacion de obedeceros (*á parte*). ¡Permita Alá que no se vean! Voy á seguir mi trama.

ESCENA IX.

D. CÁRLOS.

¿Es esta tu escuela, mundo? ¿Tu escuela desdichada?::: Solo se aprende en ella á sufrir; y el que no quiere, ó no puede aprenderla, ¿á que vino á él? Mas le valiera no haber nacido::: Oprimen á mi corazon tormentos fieros; pero me conformo, porque insensiblemente me llevan al sepulcro, en que descansaré::: Si bien se refle-

xîona, ¿de que sirve vivir lo que llaman los mortales largo tiempo? ::: ¿Y que espacio de tiempo puede llamarse largo? No es el de tu vida, no, hombre miserable ::: ¿Qué son ochenta años, ni qué todo el tiempo que ha pasado desde la creacion, si se compara con la inmensa infinita eternidad? ::: ¡Como me desconsuelo, si así pienso! ::: Sin embargo Leonor, la divina Leonor es la que puede mudar la duracion de mis dias, como ha mudado mi ser: : : En aquel tiempo en que yo disfrutaba los placeres, pasaba los dias ligera y dulcemente: los años me parecian dias, y los dias instantes; mas ahora se venga la suerte injusta, y me descuenta aquellos rápidos placeres: me parece que el tiempo se detiene, y cada instante es para mí un siglo de penas.

Va á salir, y se encuentra con Don Alfonso y Zanga.

87

ESCENA X.

D. CÁRLOS, D. ALFONSO Y ZANGA.

ZANGA *deteniendo á D. Cárlos.*

¿No es mi amo vuestro mayor amigo? Pues siendo así, ¿como permitis su tristeza? Observad, Señor, el dolor que le oprime, y no le abandoneis á su melancolía. Vuestras aflicciones mas bien que las suyas le han puesto en tal estado; pues si hubiese querido, ya seria esposo de Leonor.

D. CÁRLOS.

No puedo consolarle, ni angustiarle.

D. ALFONSO *yendo hácia él, y tomándole la mano.*

¡Ay, Cárlos mio! :::

D. CÁRLOS.

No te desconsueles, Alfonso.

D. ALFONSO.

¡Que has de ser tú desgraciado, porque sea yo feliz! ¡Que he de contribuir á tus desdichas! Tú, amigo Cárlos, fiaste á mi cuidado el digno ob-

jeto de tu amor, y yo le he amado: confúndeme con las reconvenciones mas vehementes: descarga sobre mí tu ira, y haz conmigo un exemplar, que enseñe á los demas el respeto que debemos á la sagrada amistad.

D. CÁRLOS.

Te apropias un delito que no tienes. No, no eres tú el autor de mis desgracias; y ese terrible remordimiento, que te aniquila por una flaqueza tan perdonable, es la prueba mayor de tu inocencia. ¡Ay, Alfonso! ¿Que hombre podrá verla sin amarla? El amor que infundió en mi corazon, es quien te disculpa; pues así como yo no pude resistir á sus hermosos ojos, así tambien conozco la violencia de tu pasion.

D. ALFONSO.

Pretendes encubrir mi falta, y disculparla; mas yo no lo consiento, pues conozco mi delito, y imploro tu perdon, como el único medio para tranquilizar mi espíritu.

D. CÁRLOS.

¿Perdonarte yo á tí? ¿Y de que? ¿A tí, que esta mañana separaste de tus brazos á la hermosa Leonor bañada en sus amargas lágrimas? Aspiraba Leonor á unirse contigo para siempre, y tú has pospuesto su dicha y la tuya á mi amistad. Miéntras viva, viviré solo para tí, Alfonso amigo, y así recompensaré tus grandes beneficios. Cree, Alfonso mio, que te deseo eternas dichas.

ZANGA *en voz baxa á D. Alfonso.*

Hablad, Señor, ahora es el momento feliz.

D. ALFONSO *en voz baxa.*

¿Que, porque es tan generoso y tan honrado? No: por lo mismo me contengo, pues si no, ofenderia á su buen corazon. ¿Quieres que disponga mi felicidad tan á costa suya? ::: De ningun modo::: Primero moriré que declararme.

D. CÁRLOS *á parte.*

Advierto que me prepara ya aquella terrible súplica, que ha de completar todas mis desventuras ::: ¡Ay, divina

Leonor! ::: ¡Que ha de disfrutar otro tus caricias! : : : No, no es posible: : : Tal vez su padre mudará con el tiempo de opinion; y:::

D. ALFONSO *á Zanga.*

Viendo yo lo que padece, y notando su extremada afliccion, ¿quieres que se la aumente? No: ahogo mi pasion, prefiero á Cárlos.

D. CÁRLOS.

¡Ay amigo! Tus lágrimas angustian á mi oprimido corazon.

D. ALFONSO.

Despues de nuestra muerte sabrás lo mucho que te he estimado en este mundo falaz. *Va á salir.*

D. CÁRLOS *deteniéndole.*

Detente, Alfonso (*á parte*). Ni hablar puede: sin duda cree angustiarme : : : ¿Podré yo permitir que me exceda en generosidad? ¿He de perder á un tiempo la gloria y el amor? (*alto*) Mucho me ofende, Alfonso, tu silencio. Franquéame tu corazon, pues no ignoras los motivos que tengo de servirte:

acuérdate de que lo ménos que te debo es la vida.

D. ALFONSO.

Eso es lo que me detiene; pues bien conoces que no es de hombres generosos exîgir lo que no pueden negarles.

D. CÁRLOS.

¡Qüe nobles pensamientos! (*á parte*) Me excede en todo. (*á Alfonso*) ¿No tienes algo que pedirme?

D. ALFONSO.

No, Cárlos.

ZANGA *á parte.*

¿Que desistes, Señor? :::

D. CÁRLOS.

¡Ó alma sublime! (*á parte*) ¡Que terribles angustias afligen su pecho! ¿Por que no he de excederle en generosidad? ¿Como no me esfuerzo á salir de este estado de abatimiento? ::: Con esta accion completo mi honroso proceder. ¡Poderoso cielo! socorre, coadyuva mis ideas. Las grandes acciones una vez empezadas, fortifican el ánimo, y llegan hasta el fin por su propia vir-

tud. (*hácia Alfonso*) Alfonso amable, ya que tu noble corazon no se anima á pedirme una gracia, oye favorablemente la que voy á rogarte.

D. ALFONSO.

¿Y que quieres, Cárlos?

D. CÁRLOS.

Álvarez y mi adversa suerte me han separado para siempre del objeto de mi amor: ya no puedo aspirar á su mano, ni pensar en mi felicidad; pero sí en la suya. ¡Que delicado ente es en el mundo la muger! ::: Aun en el centro mismo de las dichas no está tranquila, pues muchas veces espiran sus deleytes en pena amarga: no la ha concedido el cielo otros atractivos que la belleza, y tiene en contrapeso mil aflicciones insoportables: : : Toma con Leonor mi corazon, y sírvala de dote : : : Sé su protector, y cuida de su felicidad: defiéndela entre tus brazos de las penalidades, que ofrece el trato de las gentes ::: Acepta mi oferta, y cree, que en su comparacion nada va-

len la libertad y la vida, que te debo: cree tambien, que en aceptarla me darás la mayor prueba de tu amistad.

D. ALFONSO.

Si tus mayores enemigos viesen el noble sacrificio que haces por mí, te adorarian; pero comprehendo, que lo que á tí te cuesta angusrias no puede ocasionarme á mí contentos ::: Tú disimulas, y el afligido rostro :::

D. CÁRLOS.

No, Alfonso: estoy tranquilo, y deseo tu bien.

D. ALFONSO.

¿Y como podrás separarte de Leonor?

D. CARLOS.

No creo perderla, cediéndotela á tí.

D. ALFONSO.

¡Ó Cárlos admirable!

D. CARLOS.

Tú conoces mi sinceridad, y que procedo con justicia; y pues esta mañana la cedias á mi amistad, te pago ahora, practicando la virtuosa accion que me enseñaste.

D. ALFONSO.

¿Como podré mostrar en mis afectos?::: ¡Ay, Cárlos! ¡Para afectos tan tiernos nos servirán los abrazos, las lágrimas, y la energía de un profundo silencio! Voy ahora á dar gracias á los espíritus celestes, que nos inspiran con benignidad.

ESCENA XI.

D. CARLOS Y ZANGA.

ZANGA *á parte.*

El negocio va segun mis esperanzas. Despues que haya tramado esta alianza, tendré mas fundamento para mi horrible venganza. (*Hablando á D. Cárlos*) Has mostrado, Señor, grande heroismo en proporcionar á mi amo su ventura.

D. CARLOS.

Tarde me lisonjeas; y pues que ya se ha ido, puedo libremente desahogar mi pecho. No quise entristecer á Alfonso con mis penas, y me esforcé

á continuar mis nobles esfuerzos::: Mas ahora que la angustia, la amarga ausencia::: Gran Dios, ¡como podré vivir!

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

ZANGA Y ISABEL.

ZANGA.

¡Ó alegría, placer inestimable! ¡quan dulce y agradable te presentas á quien no te conocia! Seis años hace que sin tí moria; mas ya voy á salir de infames depresiones; pues las almas de mis compatriotas, que regáron ayer con su inocente sangre el campo Hispano, me rodean, instándome á la venganza. Amada Isabel, alégrate, sé feliz::: Mañana los gemidos, la espantosa muerte:::

ISABEL.

¿Que dices? ¿Con quien hablas?

ZANGA.

Bellísima compañera, amable confidenta, que tan fielmente me sirves, ¿no comprehendes que ha sido muy oportuno dar priesa al matrimonio para continuar mi trama? Todo se dispone á mi venganza, y á su ruina ::: Apénas acabó el Sacerdote la sagrada ceremonia, dicté por sugestion del Profeta la carta, que te confié: en ella manifiesta Cárlos á Leonor tiernos afectos; y este artificio llevará adelante los grandes designios, que me he propuesto.

ISABEL.

La dexé en el quarto de su esposo, segun me previniste.

ZANGA.

¡Dichosa mano! Un instante despues la recogió D. Alfonso, á quien advertí sin que me viese: apénas la empezó á leer, se sobrecogió de tal modo, que volvió á dexarla en el suelo. Ví á mi víctima pálida y desfigurada: por algun tiempo: recógela otra vez; pero asustado y convencido de las sospe-

chas, que al punto concibió su corazon, la oprimió en el puño, y metió en el pecho como á una víbora.

ISABEL.

No habiéndola leido, no le hará el efecto que deseas:::

ZANGA.

Lo mismo creí al principio; mas luego he conocido que es fortuna lo que no lo parece, porque quanto ménos reflexione, creerá mas bien las apariencias.

ISABEL.

Si se logra esa estratagema, me confirmaré mas y mas en la alta idea que tengo de tu maña.

ZANGA.

Toma ese retrato de Don Cárlos, y colócale donde le halle Don Alfonso, en el quarto de su esposa, en la cama, ó en donde te parezca mas del intento.

ISABEL.

Lo pensaré, y creo sabré complacerte.

ESCENA II.

ZANGA Y D. ALFONSO.

D. Alfonso viene leyendo una carta desde el foro.

ZANGA *le advierte.*

¿Es este aquel D. Alfonso, á quien he visto abatido, inmóvil y amortiguado? ¡Como se anima tanto! ::: El desórden y el furor resplandecen en sus ojos. Pues si una ligera sospecha le agita así, ¿que harán las que le preparo?

D. ALFONSO.

No, no puede ser: me he engañado: sin duda está inocente, y yo la agravio.

ZANGA *á parte.*

Dudoso está.

D. ALFONSO.

No me resuelvo á leer. Pues si la primera ojeada ha oprimido así mi corazon castigado, ¿como he de continuar? Aun no creo su culpa.

ZANGA *á parte.*

Reservo esta noticia, y triunfaré con

ella. Ya me ha visto, y como está persuadido á que le estimo, me franqueará su corazon para tranquilizarse, y descansar con mis consejos: : : Voy á hacer que salgo, para que me detenga. *Da algunos pasos.*

D. ALFONSO.

Detente, Zanga, acércate.

ZANGA.

Señor: : :

D. ALFONSO.

Cierra bien la puerta para que nadie pueda entrar, ni oir nuestra conversacion.

ZANGA *va á cerrar.*

Ya estais obedecido.

D. ALFONSO.

Conozco que esta prevencion te sorprehende; y: : :

ZANGA.

¿Dudais, Señor, de mi sincera amistad?

D. ALFONSO.

Acércate mas, descansaré en tí. ¿Que descanso puede haber tan dulce como

el seno de un amigo? El corazon me late con violencia.

ZANGA.

Os suplico, Señor, que me saqueis de dudas.

D. ALFONSO.

¡Ay, Zanga! Mira lo que nunca has visto, mira mis lágrimas.

ZANGA.

Penetran hasta el fondo de mi tierno corazon: diera mil vidas por no veros llorar.

D. ALFONSO.

Discurre, extiende tu pensamiento hácia todos los males de la vida, y averigua la causa de mi llanto: una sola le ocasiona: aciértala: averigua: nómbrame mi desgracia, y evítame el tormento de decirla.

ZANGA.

Estoy sobrecogido, y no puedo discurrir: : :

D. ALFONSO.

Déxalo, no caviles; pues un corazon tan noble como el tuyo no podrá acer-

tar el orígen de mis desventuras. Voy á decírtelas, si puedo.

ZANGA.

Señor, deseo vuestro reposo.

D. ALFONSO.

La victòria me obedece: tengo el favor de los Reyes: toda la Nacion me aclama; y los Grandes se creen felices, si los hablo. ¡Ó desgracia de desgracias! ¡que he de ser yo el mas infeliz de los mortales en el seno de las dichas! ::: ¡Mi Leonor es infiel!

ZANGA.

Me confundis, Señor.

D. ALFONSO.

Es infiel, te digo ::: *Le da la carta.*

ZANGA.

¡La preciosa Leonor! ¡La imágen de la felicidad suprema!

Lee la carta, y afecta turbacion.

D. ALFONSO.

¡Que buen natural! ¡Como siente mis trabajos! No la he leido; pero tu rostro me demuestra su exêcracion.

ZANGA.

¿Pues que, Señor, vos no la habeis leido?

D. ALFONSO.

No: lo intenté, y no pude.

ZANGA *rompiendo la carta.*

Perezca así quanto pueda incomodaros.

D. ALFONSO.

¿Por que la has roto?

ZANGA.

No penseis mas, Señor, en la carta: vuestras sospechas son infundadas; pues : : :

D. ALFONSO.

Si yo me engañé, ¿por que te turbabas? Dime lo que contenia, ó por el dolor que me atormenta no vivirás un momento.

ZANGA.

¿De ese modo ultrajais á vuestro Zanga? ¿Que otro interes que el deseo de vuestra tranquilidad me obligaria á callar? ¿Así premiais mi afecto?

D. ALFONSO.

La desgracia horrible que temia, se

va justificando, y yo no puedo sobrevivir á ella.

ZANGA.

¿Si habré dicho yo algo quando me transportó la pesadumbre? No: pues nada sé, Señor: os entregais sin causa á pronósticos tristes. ¿Que valor tiene un papel? ¿No puede ser fingido? Alentaos: qnizá algun contrario vuestro:::

D. ALFONSO.

El cielo me castigue, si he hecho mal á nadie.

ZANGA *á parte.*

Es cierto, á ninguno ha ofendido. (*alto*) No siempre nos precave la inocencia: pues las mas veces tenemos enemigos, sin haberlos ofendido; y las mismas gentes que nos acarician, traman tal vez nuestra ruina, disfrazando la muerte con falsas risas. No conocemos á todos aquellos que debemos temer. Puede fingirse una carta; y en un negocio, cuyas conseqüencias son tan terribles, no se ha de decidir sobre prin-

cipios acaso mal fundados, ó inciertos. No la creo capaz :::

D. ALFONSO.

¡Permita el cielo justo que así sea!

ZANGA.

¿Que razon hay para que intenteis, Señor, persuadiros una verdad, que os hace padecer el mayor desconsuelo, sin tener pruebas infalibles? ¿No ha sido hasta ahora virtuosa? ¿No es su reputacion muy apreciada? ¿No es la envidia de su sexô, y el timbre de España?

D. ALFONSO.

Eso es lo que me confunde; pues contra todas esas pruebas :::

ZANGA.

Pues y ¿por que obstinarse á creer la culpa contra tantas pruebas, que abonan su inocencia? ::: Advierto que no desestimais las primeras impresiones, ni ois tranquilamente mi razon; y á deciros verdad, es conveniente que algunos leves trabajos corrijan nuestras imprudencias; y : : :

D. ALFONSO.

¿Y que imprudencias?

ZANGA.

Dispensadme, Señor, las reconvenciones que os hago. Si no hubieseis enviado á D. Cárlos con pliegos á la Corte la noche ántes de la batalla, el malvado que fingió la carta indiscreta, que tanto os molesta, no hubiera tenido motivo para fundar su impostura.

D. ALFONSO.

Yo no he comisionado á Cárlos.

ZANGA.

Pues yo creia que habia venido á traer de parte vuestra pliegos al Rey; porque sin un motivo de entidad ¿como podia librarse de la nota en que incurrió, por faltar á la asistencia vuestra en la refriega de la mañana? Mas quizá soy demasiado nimio ::: Una ausencia tan larga, y la impaciencia del amor : : :

D. ALFONSO.

El cielo quiere renovar la llaga en mi corazon. Están ámbos culpados; pero

Cárlos es valiente, respira glorias, y apetece los peligros. No asistió á la batalla por asegurarse mas y mas de las promesas de Leonor. ¡Ingrato! Sí, tú has grangeado el vilipendio por contribuir á la desgracia de tu amigo.

ZANGA.

Vos le ultrajais sin razon, pues entónces no sabia vuestro amor:::

D. ALFONSO.

¡Infeliz situacion!

ZANGA *á parte.*

Esto le penetra hasta el corazon.

D. ALFONSO.

Es cierto: no sabia él entónces mi injusto amor. Se acumulan las pruebas, y es siempre mayor la última. Ahora conozco aquella ley, que mide la pena con el delito, y hace que halle el culpado mil tormentos en la misma protervia; pues ella era suya, era de mi amigo, y este ¡ó desesperacion! depositó en mí su confianza. ¡Ó fe sagrada, quánto padezco por haberte violado!

ZANGA.

¿Estaban ya dispuestos á casarse?

D. ALFONSO.

Gobernaba Álvarez á ámbos con despotismo; y quando llegó la noticia de la flota, apresuraba la boda, que despues se frustró.

ZANGA.

Le considero acreedor á vuestro indulto, pues advierto las seducciones, que le instáron con vehemencia: que su ausencia fué larga, y su amor antiguo: llegó á media noche, y al dia siguiente se habia de casar: la tentacion era violenta; y :::

D. ALFONSO.

¡*La tentacion violenta*!

ZANGA.

Se anticipó una noche:::

D. ALFONSO.

¡*Una noche*!

ZANGA.

Fué una culpa, que creyó no tenia malas conseqüencias, ni podia repetirse nunca.

D. ALFONSO.

¡*Repetirse*! Zanga, tú me insultas. *La tentacion era violenta* ::: *Se anticipó una noche.* ¡Ó rabia! ¡Ó muerte! ¿Luego yo estoy perdido? ¿Contribuyes tambien á mi infortunio?

ZANGA.

Tal vez podrán desvanecerse esas negras sospechas.

D. ALFONSO.

Fútil esperanza, ¡quanto me has humillado! Dícesme que son sospechas; mas yo las creo evidencias: mostrarme tanto amor en una mañana, despues de tres años continuos de desvíos: ¡ó muger inhumana!

ZANGA.

¿Antes de ahora no os habia mostrado Leonor algun afecto?

D. ALFONSO.

No: jamas ha contestado á mis caricias.

ZANGA.

¿Ni en todos los tres años?

D. ALFONSO.

No, nunca: tú cavilas por defender-

la, y no es posible, porque está culpada. Anda mi imaginacion de precipicio en precipicio, y se confunde en el abismo de las pesadumbres.

ZANGA.

No os desespereis, Señor ::: Si él hubiese merecido sus confianzas, os las hubiera cedido sin tanta repugnancia.

D. ALFONSO.

¿Cedérmela, dármela Cárlos? (*con desconsuelo*) ¿Amarla, y cederla? :::

ZANGA.

¿No os acordais, Señor, de los esfuerzos que le costó?

D. ALFONSO.

¿Crees que me la ha cedido? ¿Imaginás que se sacaria un ojo para dármele? ¿que me cederia la mitad de su corazon? Ahora conozco que no la amaba, y que me la ofreció sin repugnancia. Me instó á que me casase: entónces me admiré de su eficacia, ahora no.

ZANGA.

¿Que, os rogó con ella? ¿Estais seguro de eso? Pues ya empiezo á creer

que puede ser suya la carta ; y :::

D. ALFONSO.

Lo creo tanto , como si mis ojos lo hubiesen visto.

ZANGA.

En tan crítico lance casi no daria yo crédito á los mios.

D. ALFONSO.

Ni tampoco yo: pienso por quien soy que estoy soñando. ¿Quien , la divina Leonor , la imágen de la pureza? ¡En que abismos me veo confundido!

ZANGA.

No podeis al presente combinar ; y pues en este negocio consiste la felicidad ó desgracia de toda la vida , retiraos á considerar en la soledad las circunstancias : acordaos sobre todo de que es efecto particular de los zelos hacer montes de los átomos , y monstruos de la nada , turbando siempre la razon.

D. ALFONSO.

Si cien vidas tuviera , las daria con gusto por haberme engañado ; pero

aun no creo que esté firmada la última sentencia de mi desgracia. Me parecia tan pura, que pensaba habia depositado el cielo la virtud en ella, para hacerla amable á los mortales.

ESCENA III.

ZANGA Y ISABEL.

ZANGA.

Todo va bien: ya se ha ido á padecer fieros tormentos.

ISABEL.

He oido toda la conversacion, y me hizo novedad que rompieses la carta.

ZANGA.

Fué un feliz pensamiento, pues rompiéndola adquiria aun mas grados de fuerza; porque ¿como ha de exâminar, ni cotejar el carácter, ni dexar de pensar mas en ella? Como ha creido que la rompí por la grande repugnancia que yo tenia de que viese sus desengaños, le diré que es una frio-

lera: que no lo crea; y quanto mas lo jure, lo creerá ménos. ¿Colocaste bien el retrato?

ISABEL.

Sí; en buen lugar.

ZANGA.

Mira como prosperar mis proyectos. ¡Ó cruel pensamiento, precision espantosa! ¿Es esta por ventura la ocupacion, que á mí me corresponde? ¡A que exceso de baxeza someto mi ánimo!::: No ha mucho tiempo que yo ignoraba estas vergonzosas imposturas. ¿Es este digno empleo de un soldado? del que ha mandado exércitos, y sido el ídolo de su patria?::: Todas mis glorias pasadas se envilecen con esta idea::: Con todo, la que me he propuesto es grande y digna de mi persona, y los medios que dispongo para ella (pues no hay otros) lo son tambien: el resplandor del proyecto á que aspiro, reverbera sobre ellos, y los ennoblece. Es imponderable el mérito que tengo en soportar esta odiosa mancha, y su-

jetar mi orgullo á unas baxezas, que tanto abaten á mi honor y carácter, por llegar á la execucion de un castigo sublime. Se admirará la posteridad, y hará de mí encomios involuntarios:::

ACTO QUARTO.

ESCENA I.

D. ALFONSO Y ZANGA.

D. ALFONSO.

¡Que tormentos ocasiona la meditacion, quando los pensamientos se absorven en sí mismos, y la razon enredada en un laberinto de confusiones no puede hallar salida! ¡Quan desdichado soy! Me he enredado, me he perdido en la misma trama que urdí. Una prueba se opone á otra; y la razon opuesta á sí misma pierde el tino. Ya no puedo soportar este fluxo y refluxo de contrariedades, ni la anarquía tumultuaria de mi alma. Buscaré á mi esposa: ofreceré la muerte á su concien-

cia turbada; y confesará la culpa.

Quiere salir.

ZANGA.

Deteneos, Señor: vuestra actividad os lleva al precipicio.

D. ALFONSO.

¿Pues que quieres decirme?

ZANGA *á parte.*

Si Leonor descubre::: se acabó mi esperanza. ¿Que pensaré, que haré?

D. ALFONSO.

¿Que dices? :::

ZANGA.

Digo, Señor, que acaso es una felonía la causa de nuestras pesadumbres. Pero ¿quien puede saber los pensamientos de Leonor? Inocente ó culpada, estad, Señor, seguro de que os acusará, y será el instrumento de vuestra ruina: su padre tiene influxo en la Corte, y podrá apartaros de la gracia del Rey.

D. ALFONSO.

Nada me importa: prefiero la muerte á esta duda, que tanto me aniquila.

/01

ZANGA.

¿Y que ventajas os prometeis en la investigacion? ¿No será peor aclarar la verdad, y patentizar lo que aun está dudoso?

D. ALFONSO.

Grandes: aliviaré mi tormento, usando de rigor para con ella: la despreciaré, y desaparecerán mis aflicciones con el amor que las fomenta.

ZANGA.

¡Ó, Señor! Si yo estuviese persuadido:::

D. ALFONSO.

¿Que harías?

ZANGA.

No expondria vuestra vida por descubrir el secreto.

D. ALFONSO.

¿Que quieres decir en eso? Explícate, ó voy á verla.

ZANGA.

¿Quereis precipitaros? No, no, Señor: no puedo permitirlo. Yo he sido causa de que se aclare el misterio.

D. ALFONSO.

Me confundes.

ZANGA.

Yo soy quien me confundo. Debo manifestaros con vergüenza y sinceridad, que por el riesgo de vuestra salud he ocultado lo que ahora quisiera declarar: así pretendo enmendar mi falta, y:::

D. ALFONSO.

Habla, dí:::

ZANGA.

Es necesario que ántes me deis palabra de que si hallais culpada á Leonor, habeis de hacer justicia.

D. ALFONSO.

Te lo juro por el cielo.

ZANGA.

¡Ay, Señor! Temo, dudo: sin embargo quiero exîgir solemne juramento de que miraréis por Zanga.

D. ALFONSO.

Mil veces te lo juro.

ZANGA.

¿Y como sufriréis tanta desgracia?

D. ALFONSO.

Como varon fuerte.

ZANGA.

Siempre os he estimado, y así lo muestran mis lágrimas. ¿Y como podria yo recompensaros, si no os manifestase el gran secreto, entregándome á vuestra justicia para implorar como favor el castigo de mi falta? ::: Sabed, Señor, que Don Cárlos:::

D. ALFONSO.

Continúa: lo he de saber todo, aunque se estremezca el orbe entero. Dí, prosigue:::

ZANGA.

D. Cárlos volvió á media noche; mas Leonor se acerca:::

ESCENA II.

D. ALFONSO, ZANGA Y LEONOR.

LEONOR.

Alfonso amado; tu ausencia nos priva de la alegría, que ofrece este dia venturoso:::

D. ALFONSO.

Voy allá luego: acompaña entretanto á nuestros amigos, que notarán la ausencia de ambos.

LEONOR.

Alfonso mio, observo alguna turbacion en tu semblante. ¿Te han dado malas nuevas de los Moros?

D. ALFONSO.

No: nada me han dicho.

LEONOR.

Pues ¿en que piensas? :::

D. ALFONSO.

En tí, bien mio, en tí sola: el cielo, que es testigo de esta verdad, sabe que no te apartas un instante de mi imaginacion.

LEONOR.

¡Quan grande es tu bondad! ¡Ó esposo amado! ¡Que un hombre que domina al universo, se acuerde tanto de mí!

D. ALFONSO *con impaciencia.*

¿Y crees mi terneza? :::

LEONOR.

¿Pues que lo dudas? :::

D. ALFONSO.

Te satisfaré con decirte, que soy todo tuyo: que ocupas mi corazon: que nadie le ha poseido ántes; y que á fe de mi alma jamas reynará en él ninguna otra: te adoraré hasta la muerte. Ves, acompaña á nuestros amigos.

LEONOR.

Obedezco.

ESCENA III.

D. ALFONSO Y ZANGA.

D. ALFONSO.

D. Cárlos volvió á media noche: así empezaba tu relacion: continúa:::

ZANGA.

Estaba yo á la puerta quando él llegó, y me dixo, que venia de parte vuestra.

D. ALFONSO.

No es verdad.

ZANGA.

Tuve grande gusto en verle; y como sabia lo mucho que vos le estimabais, le dexé pasar sin rezelar su artificio;

y esta fué mi imprudencia. Fuí despues á pasearme al jardin, como acostumbro las noches de verano: oigo ruido en el vergel mas cercano, y con la claridad de la luna ví á dos amantes abrazados, que en el mayor delirio de su pasion decian tiernamente: ¡Ó noche de éxtasis y de embeleso! ¿Quando volverémos á juntarnos? Y despues ví á Don Cárlos, que salia del jardin con Leonor.

D. ALFONSO.

¡Justo cielo! (*Se desmaya en una silla.*)

ZANGA *á parte.*

Alma mia, respira, que ya empiezas á gozar. Mi venenosa mentira le ha estremecido: está despavorido, y sus ojos mortales ::: (*á D. Alfonso*) Señor, Señor, sacadme del desconsuelo en que estoy: hablad á vuestro Zanga. ¿Me desconoceis? ¿No dais señales de estar vivo? ::: Señor, no os entregueis á tan espantosos pensamientos: aquí teneis á vuestro fiel Zanga. (*Don Alfonso se recupera, y tira de la espada*) ¿Que

furor os arrebata? ¿Que pretendeis, Señor? ¡Quan insensato he sido en descubriros el secreto! (*D. Alfonso cae otra vez en tierra de un vahido*) ¡Alfonso en tierra! ¡El valeroso Alfonso! ¡O funestas pasiones! ¡O mugeres! ¿Adonde está aquel decantado vigor? ¿Adonde los desprecios con que la amenazabais? ¿y adonde en fin aquella prudente indignacion con que pensabais vindicar vuestro honor? ::: Levantaos, Señor, siquiera por vuestra fama. ¡Quanto se holgarian mis compatriotas, si os viesen en tal estaddo! ::: ¿Quereis que os venzan los vencidos?

D. ALFONSO.

¡Pluguiera los Dioses que estuviese mi cuerpo sepultado en el centro de la tierra! En ella encontraré la amistad, la gloria y el descanso ::: Estaba mi alma unida íntimamente á la de Leonor; mas, ¡ó funesto dia! No, no quiero acordarme; pues conozco, que para abatir al ánimo mas fuerte basta un principio de zelos::: ¡Cruel idea! ::: Dén

xame: ya me has hecho padecer mas que á los condenados, sin que quieras separarte de mi imaginacion. ¡Quan halagüeños, quan brillantes son los ojos, que se ampararon de mi alma! ¡Y quan dulce y seductor el pecho en que habia fundado mi ventura! ::: Un sueño voluptuoso me ofrecia ideas lisonjeras; pero ¡ay triste! ¡En que abismo de horrores me veo confundido!

ZANGA.

Habeis dicho que sufririais vuestra desgracia *como varon fuerte.*

D. ALFONSO.

¿Pues que, no te he cumplido mi palabra? ¿Quien ha sobrellevado nunca tan impios males?

ZANGA.

Sosegaos, Señor, que el tiempo acaso:::

D. ALFONSO.

Para mí no hay sosiego.

ZANGA.

¿Sois vos aquel prudente D. Alfonso?:::

D. ALFONSO.

No: Alfonso espiró en el jardin, en

donde le asesináron : la furia de Alfonso , que le sobrevive , respira en mí::: ¡Mi muger! ¡Ó eterno Dios! ¡Mi esposa! :::: (*Se le caen las lágrimas*).

ZANGA *á parte.*

Se aflige con exceso.

D. ALFONSO.

Tal vez he hablado sin cautela , y descubierto inoportunamente la malicia de mi corazon ::: Quiero reflexîonar el caso ::: Casado , y perdido para siempre en un mismo dia. ¡O que impaciencia! ¡Ay de mí triste! ::: ¡Quiere algun amigo consolarme en tan extrema calamidad! ::: ¿Adonde está Cárlos?

ZANGA.

Mi Señor:::

D. ALFONSO.

¡Que confusion! ¡que horror! ::: Él es::: El amigo de mi corazon:::

ZANGA.

Calmad , Señor , tantos desasosiegos.

D. ALFONSO.

Dadle la muerte::: Sí, muera ese impio.

ZANGA *á parte.*

Bien: ya está despechado.

D. ALFONSO.

Cree en su delirio que ve á Don Cárlos abrazado con su esposa Leonor.

¿Quien es aquel impúdico, aquel sacrilego que veo en el vergel? ::: Arráncasela de los brazos::: Sepáralos ::: ¡Como se abrazan! ¡Como despedazan mi corazon! : : : ¡Ó noche de horrores! : : : ¿Quien fué el incauto que le dexó entrar? Tú, traidor. (*Va á herir à Zanga, y se contiene*) Me faltan las fuerzas; y:::

ZANGA *á parte.*

Arrebatado está.

D. ALFONSO.

Esclavo inhumano, pues lo sabias ¿para que permitiste que enlazase?

ZANGA.

Si prestais atencion á mis razones, creo se tranquilice vuestro ánimo. Presencié, Señor, lo que os referí; mas no lo admiré, respecto de ser entre dos amantes destinados á contraer entre ellos esponsales: creí tambien, que

la cita seria inocente; y sobre todo, ¿quien podria sospechar de Leonor hasta que las pruebas hablasen contra ella? ¡Funestas pruebas! ¡O, y quan tarde se han mostrado! ¡O impia! ¡ó maldita prevencion de Álvarez! En el instante mismo en que la sagrada ceremonia os unió á la infiel, quise desengañaros, y me contuviéron la lástima y el miedo.

D. ALFONSO.

Vive, Leonor, vive todavía, que luego morirás. ¡*Ó noche de éxtasis*!::: ¿No es esta la expresion que repetian?::: Déxame pensar::: El vergel está retirado y solitario::: Espérame en él con un puñal. (*Sale Zanga*) ¡Ó, y quanto me satisfacen sus errores! ¡Como resuenan en mis oidos sus dulces expresiones!::: ¡*Quando volverémos á juntarnos*!::: se decian los perversos. Sí: esta noche nos juntarémos todos en el Averno. (*Va á salir, y encuentra á Leonor*).

ESCENA IV.

LEONOR Y D. ALFONSO.

D. ALFONSO.

Me desvanezco vacilando entre su gracia y su delito. ¡O demonio en forma de Angel! ¿La he de asesinar? No: persisto en mi resolucion, pues darla ahora muerte seria inoportuno.

LEONOR.

Disimúlame, Alfonso, si soy molesta: por la segunda vez vengo á llamarte: nuestros amigos sin tu presencia están con poco gusto.

D. ALFONSO.

En este instante mismo iba á buscarte, y á nuestros amigos; pero estoy seguro de que tú sola puedes inspirarlos contento (*Suspira*).

LEONOR.

¿Tú suspiras, Alfonso?

D. ALFONSO.

No, no suspiro.

LEONOR.

Nuestras alegrías, como nuestras penas, son comunes, y debemos partirlas.

D. ALFONSO.

¿Pretendes adularme?

LEONOR.

Si crees adulacion la mas sincera prueba de mi cariño, que te he dado en la sagrada ceremonia, seré poco feliz.

D. ALFONSO.

¿Y que ceremonia?

LEONOR.

Tú deseas burlarte: me da risa.

D. ALFONSO.

Así lo creo: tambien yo estoy alegre.

LEONOR.

La alegría no se aparta de las almas virtuosas.

D. ALFONSO *á media voz.*

¡Que virtud! ::: ¡Ó muger detestable!

LEONOR.

¿Que dices, Alfonso?

D. ALFONSO.

Que el cielo te hizo hermosa.

LEONOR.

La hermosura corporal vale muy poco; pero si el alma y el cuerpo son hermosos, entónces pueden recompensar el mérito de tu noble corazon: éste es el salario con que Dios paga en la tierra las acciones heroicas; y pues me crees virtuosa y bella, sin duda el cielo me destinó para tí.

D. ALFONSO *á media voz.*

¡Virtuosa! ¡oxalá fuera cierto!

LEONOR.

Tal vez te soy molesta.

D. ALFONSO.

No, no, vida mia: nunca me apartaré de tí (*La toma la mano arrebatadamente*). ¿Es mia tu mano? ¡Ó terrible dolor!::: Nuestras almas se buscan y confunden::: *Llora.*

LEONOR.

¡Que, Alfonso, las lágrimas! :::

D. ALFONSO.

Son lágrimas de gozo: te contemplo, y me olvido de mí mismo. Ese halagüeño rostro::: ¡Ay, Leonor!

LEONOR.

Adviertо en tí alguna agitacion, y deseo saber los motivos que la ocasionan. Alfonso, tu interior no está tranquilo: dime tu pena, ó apártame de tí.

D. ALFONSO.

Muy poco te interesan mis cuidados.

LEONOR.

Alfonso, tu aspereza me llena de rubor. ¿Esta es la terneza que me ofreces en el dia de mi boda? Me hallo ultrajada, y no debo sufrirlo::: Amado Alfonso, ¿no merece Leonor tu confianza? (*Le toma la mano*) ¿No soy tu esposa? ¿No merezco un corazon, que he unido al mio? ::: Muéstrame tu pecho, dime tus penas. Tierno esposo, ya me ves á tus pies: revélame el secreto: yo te juro guardarle. ¡Ay, Alfonso! Mis lágrimas:::

D. ALFONSO.

Aparta, aparta.

LEONOR.

¿Esta es la dicha que se me prometia? ¿Así empieza la vida de los casados?

¡Ay de mí infeliz! ¿Como pude ceder mi corazon? ¿No sabia que perdia con él mi felicidad? ¡Ay, padre mio! ¿Adonde iré á llorar, si el que debia enjugar mis lágrimas es el único autor de ellas?

D. ALFONSO.

Retírate á tu quarto, que ya te sigo. Yo aclararé lo que te turba ahora. ¡Quan inocente parece! ¡Como la he de asesinar! ¡Como he de bañarme en su sangre! ::: No, no puede ser: el delito en ella pierde sus propiedades, y se equivoca con la virtud: : : No sé que oculta mano detiene mis pasos::: ¿Como, pues?::: ¿Quien? yo? ::: Sí: estoy resuelto.

ESCENA V.

D. ALFONSO Y ZANGA.

ZANGA *á parte.*

Creo que le falta valor; mas ella ha de morir. ¿Que, no he de poder sofocar en su pecho los afectos de la humanidad? Voy á incitarle mas para que execute la atroz perfidia.

D. ALFONSO.

¡La tierra, el sol, el firmamento entero, todo se ha de arruinar! ¿Y que es el hombre, sino un ente miserable, que tambien acaba?::: Un dia sucede á otro, un mes á otro mes, y un año á otro, siendo la vida una muerte continua. Si diésemos lugar á la razon, no graduaríamos á la muerte de cruel: mas lo es la vida en este mundo desierto; pues la muerte une dulcemente la mayor porcion del género humano: muriendo, renacemos entre los Césares, Pompeyos y Platones, y nos unimos á la eterna grandeza: luego morir es un deleyte, una gloria digna de nuestro deseo.

ZANGA.

Paréceme, Señor, que hablais de la muerte:::

D. ALFONSO.

Sí, de ella hablo.

ZANGA.

¿Murió Leonor?

D. ALFONSO.

No, Zanga, no la he muerto: confieso mi omision. Debia yo haber reflexîonado en la visita á media noche, en la facilidad de cedérmela, en la súbita mudanza de ella, y otras circunstancias; sin embargo de las quales el cielo permitió que me casase.

ZANGA.

De poco sirven ahora esas reflexîones.

D. ALFONSO.

Derramar la sangre de una débil muger, seria accion indigna de mi brazo y de mi gloria. No: he de proceder con decoro::: No obstante, la venganza adquiere en mí cierto carácter de grandeza, que no tiene en los ánimos vulgares. El que es superior á las debilidades de la naturaleza, sacrifica su vida á la razon, la diviniza en alguna manera, y se asegura en los cielos un lugar distinguido.

ZANGA.

Señor, no es la razon: el amor á vuestra esposa y su hermosura os sugieren.

esos razonamientos, volviendo contra vos la misma espada, que debia vengaros. ¿Os falta resolucion para arrancar los ojos que os ultrajáron, y pasar un pecho que os envenena? La astucia de Don Cárlos:::

D. ALFONSO.

Esa idea me aniquila: no me reconvengas: quise ensayarme, y se opuso mi corazon: me persuadí, me esforcé á darla muerte; mas sus divinos ojos previéron el golpe, y me detuviéron.

ZANGA.

No sé que responderos. Señor, ¿no presentis vuestra próxìma ruina? ¿No advertis vuestra muerte cruel? Zanga, el triste Zanga aun entónces os seguirá fielmente, y cerrará con vos sus ojos en la noche eterna, por no sobrevivir á vuestra infamia.

D. ALFONSO.

¿Que dices, que profieres, Zanga?

ZANGA.

No es difícil de entender. ¿Dudais, Señor, del cariño que os profeso? Quan-

do os den tierra esos inhumanos. ¡Ay! Mi corazon revienta de dolor quando presiente los escarnios que harán los infieles, baylando sobre vuestro sepulcro, y celebrando sus infames amores. ¡Ó, y como triunfarán al ver en un eterno sueño al mismo, que si estuviese vivo cortaria el hilo de sus culpables dias!

D. ALFONSO.

¡Espantoso, horrible pensamiento!::: Mas Cárlos, bien lo sabes, ocupado en el honroso exercicio de las armas, no creo sea capaz :::

ZANGA *á parte.*

Deseo que asesine quanto ántes á su amigo, para lo qual avivaré sus zelos: me aprovecharé de otra ocasion, pues ahora respira aun cariñosos afectos hácia Leonor: no obstante voy á insisitir. (*Á Alfonso*) Despues que esteis difunto ¡como se entregará á los brazos de la infiel! ¡Como se exhalará! ¡Como ponderará, no el dolor, sino su amor y alegría! ::: ¡Ó buen Dios, y que do-

lorosas exêquias! Pero vos estaréis reposando en la paz del sepulcro, y yo presidiré sus indebidos halagos; pues:::

D. ALFONSO.

No llegará ese caso: perezca Cárlos: acométele: toma mi sable::: Sí; que sufran ambos mi furor y saña.

ZANGA.

No replico.

D. ALFONSO.

¿Como permites, Zanga, que yo muera, y que mi amigo? :::

ZANGA.

Pensadlo bien, Señor: no se entierran con D. Cárlos todos los hombres. ¡Que poco conoceis á las mugeres! Quando la pasion rompe una vez su pudor, despues cada hombre es para ellas un Cárlos.

D. ALFONSO.

Ese pensamiento, Zanga, es aun mas infernal que el otro::: Quieren asesinarme, y no es justo que derramen mi inocente sangre.

ZANGA.

¿Como no os resolveis? Si no que acaso, olvidando lo ocurrido, querais amarla todavía mas:::

D. ALFONSO.

No; de ningun modo.

ZANGA *irónicamente.*

Si la perdonais, dirá que sois muy bueno; y si la haceis caricias, que sois el hombre mejor del mundo.

D. ALFONSO.

Ya te entiendo::: Muera; mas el brazo tiembla al oir tal sentencia.

ZANGA.

Las grandes acciones necesitan de esfuerzos grandes. ¿Que pensais, Señor, que ha eternizado la memoria de los héroes Griegos y Romanos, sino el haber oido la voz severa del honor en desprecio de la naturaleza, quando la augusta, la divina justicia los guiaba? Entre ellos hubo alguno, que derramando la sangre de su hija, adquirió mas gloria que en ochenta batallas: otro que asesinó á su hermana en el

arrebato de una rabia honrosa; pero resta un prodigio, que exceda á estos, y vos habeis de ser su autor excelso::: ¡Una esposa asesinada en el dia que solemnizó el himeneo, sin haberle consumado!::: Si executais, Señor, este designio, dexais atras todas las glorias de la antigua Roma.

D. ALFONSO.

Ese partido elijo. Con tantos y tan confusos pensamientos me habia olvidado de que era hoy el dia en que por mi desgracia me he casado::: Inspírame alegría: cuida de agasajar á los concurrentes; y quando las copas estén llenas de licores preciosos cubiertos con guirnaldas: quando la sonora música eleve nuestros espíritus: quando las ricas, las doradas telas cubran la capaz extension de estos salones; y quando en fin la mas brillante iluminacion imite al dia, entónces, Zanga, entónces desde lo mas profundo de los lóbregos reynos de la noche eterna convida al festin á la venganza,

las furias, la desesperacion, nuestros mayores amigos, y á la muerte sobre todo, que es el primero de los convidados, para que con su pálida mano guie á mi esposa á un tálamo lúgubre, en donde nos sepulte para siempre.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

D. ALFONSO *solo.*
Cree que ve á Don Cárlos.

¡Objeto de terror y lástima! ¡Infeliz, desfigurada sombra cubierta de sangre y profundas heridas! ¿Quien es el cruel que así te ha puesto?::: Refiéreme tu triste lance, si quieres que te vengue::: ¡Ay, Cárlos desdichado! ¡O dia de horror lleno! ::: Aléjate de mí, sombra funesta: retírate al sepulcro: no puedo soportar su vista::: Mas ¿que digo? ¿Adonde estoy?::: Era ilusion de la idea.

ESCENA II.

D. ALFONSO Y ZANGA.

ZANGA.

Señor, estais muy pálido.

D. ALFONSO.

¿Murió Cárlos?

ZANGA.

Sí Señor: ya estais obedecido: seis asesinos diéron fin de él; no obstante que se defendió con valor: quitó la vida á tres; pero al fin cayó en tierra cubierto de heridas: en su última voz pronunció el nombre de Alfonso, y encargó uniesen sus cenizas á las vuestras.

D. ALFONSO.

No quisiera acordarme; pues si tengo presentes esas ideas lúgubres, nō podré consumar la obra empezada. ¡O espantosa mezcla de justicia y delito!::: ¿Porque le has muerto?::: No debieras haberme obedecido::: ¡Ó dia odioso! dia de tinieblas, de horrores y contra-

dicciones! ::: ¿Adonde está Leonor? Dime, responde: conozco que tu mentira la ha tranquilizado, pues disimula mis excesos y desigualdades.

ZANGA.

Díxela, que desde muy niño os enagenabais quando os acontecia alguna afliccion; pero que era un accidente pasagero. Referíla despues la muerte de Don Cárlos, sin decirla como, ni por que; y ella dudosa:::

D. ALFONSO.

La última vez que la hablé, conoció acaso la inquietud de mi corazon al mismo tiempo que disimulaba con arte su delito.

ZANGA.

¿Y qual es ahora vuestro designio?

D. ALFONSO.

Me dirigiré al vergel de jazmin, á aquel lugar mismo en que me deshonró con su infidencia: allí está citada: la recibiré con apariencias de tranquilidad y agasajo: expondréla la fealdad de su culpa; y despues con la misma

fiereza que un verdugo la daré muerte.

ESCENA III.

ZANGA *solo.*

Bien : vete, y el horror te acompañe. Furias del infierno, rodead los jazmines : decidlos que vais de mi parte á profanar aquel ameno sitio; y en lugar de aquella deliciosa fragrancia infundid pestilencias venenosas, que infesten el ayre que respiran : no oigan el dulce canto de los ruiseñores : oigan, sí, el graznido lóbrego del cuervo, que anuncie la maldad : penetren sus oidos los silbidos de las víboras, que han de enlazar á mis horribles víctimas.

ESCENA IV.

Se ve á un lado del teatro el vergel, en que reposa Leonor.

D. ALFONSO, Y LEONOR.

D. ALFONSO *entrando en el vergel.*

Tiernos claveles, hermosos amarantos,

rosas encendidas como la aurora, ¿como estais tan bellos? Dulces mirtos, amenos bosques de doradas naranjas, ¿como no os marchitais con mi venida? ::: Ya, ya sentis los terribles efectos de mi presencia ::: Ya estais lánguidos y marchitos: vuestro verdor hermoso está ahora tan triste como el lóbrego ciprés::: ¿Se han juntado aquí alguna vez las horribles fantasmas de la noche? ¿Estos dulces ecos han sabido alguna vez repetir gemidos? ::: Vergel sagrado, que despiertas la alegría, que inspiras el amor, sabe que en tí encierras un : : un asesino : : : Sí: voy á regar con sangre tus hermosos lirios: de este asilo de deleytes voy á hacer un teatro de horrores: entro á tu estancia sombría, como Satanás en el Edén, pues lo mismo que á él me sigue la maldicion ::: (*Va hácia Leonor.*) Dormida está ::: El excesivo calor del dia la ha rendido::: Ojos mios, que tan ansiosos estabais de verla, miradla por la última vez, y despedios para siem-

pre de su hermosura. ¡Ó que precioso objeto! ¡Ó belleza funesta! ¿Quien creeria que este no era el sueño de una inocente?: : : ¿Como la he de herir? ::: El mismo golpe acabaria con los dos. ¡Ó, y quan fiero contraste sufre mi corazon! ¡Ó eterna justicia! ¿Por que la permitis culpable, y haceis que yo la castigue? Mas ¡que advierto! : : : Se sonrie. Si la alegría del semblante::: No sé que secreta causa me insta á darla el beso de la eterna separacion. (*Va á abrazarla, y retrocede con horror.*) Se sonrie, sí: sin duda sueña que está en los brazos del pérfido, que amaba. ¡La maldicion del cielo! ::: Yo voy::: (*Quando va á herirla despierta Leonor*).

LEONOR.

Alfonso amable, mucho has tardado. Fatigada del calor del dia me he dormido con la frescura de este ameno sitio.

D. ALFONSO *á parte.*

¡Poderoso cielo! ¡Ó que divinos ojos! ¡La habia de acabar teniéndolos cerrados! Voy á darla un abrazo, y lue-

go haré justicia, para satisfacer al cielo y á mí mismo.

LEONOR.

¿Que dices, tierno esposo?

D. ALFONSO.

Que si durase el amor, serian los hombres muy felices: con él son tolerables los peligros, las fatigas, y las penas de la vida; y en fin que es el amor una invencion del cielo para apartar á los mortales de la consideracion del sepulcro.

LEONOR.

Esposo amado, omite, si es posible, tan tristes voces. Espiró tu amigo, y en él perdiste mucho; pero mi sincero amor resarcirá su pérdida.

D. ALFONSO.

¿Adonde has adquirido tantas gracias? Dime, seductora, ¿adonde?::: Ocupados mis ojos con tu hermosura, no se sacian de mirarte, y hallan siempre nuevos prodigios que admirar. Esos divinos ojos con que me asesinaste. ¡Ay, Leonor!

LEONOR.

Querido Alfonso, modera tus afectos, que aunque sean de amor, son extremados, y no me lisonjean.

D. ALFONSO *á parte.*

Es verdad, son extremados::: Estaba fuera de mí; mas ya vuelvo á la razon::: Ahora justicia::: Ahora la muerte::: Me es imposible; pues el cielo ha formado esta muger con el singular privilegio de ser delinqüente sin poder ser castigada::: La abandono al justo cielo. (*Sale, y dexa caer el puñal*).

LEONOR.

¡Que es lo que veo! ¡Un puñal! (*Le mira.*) ¿Que me dices, instrumento mortal? ¿Que espantosa verdad pretendes demostrarme? (*Está pensativa*).

ESCENA V.

ZANGA, Y LEONOR.

Entra Zanga, y ve en tierra el puñal.

¡Quan desdichado soy! Perdí toda esperanza. ¡Ó inconstancia! ¡Ó suerte ad-

versa!::: En un instante se deshizo el plan, que tanto trabajé en arreglar. Aquel puñal la inquieta, y hará que sepa::: Querrá indagarlo todo; y si lo averigua, y descubre mi trama, estoy perdido::: ¡Ó débil! ¡ó infame mano la de aquel, que empuñó el hierro sin fruto!::: ¿Que haré? Mas aun no desespero; pues quizá este lance fomentará su odio y aborrecimiento. En fin ya no me queda otra esperanza; mas Leonor se acerca.

LEONOR.

Estoy sobrecogida, Zanga: Alfonso ha dexado caer este puñal, y estaba muy turbado. ¿Que será? ¡Cielo santo, conserva sus dias!

ZANGA.

Que guarde los vuestros, Señora: los vuestros.

LEONOR.

¿Que dices, Zanga?

ZANGA.

Que sois muy buena: que estais ciega con vuestro amor; y que sus zelos:::

LEONOR.

Es verdad: ahora me acuerdo de algunas expresiones en que me dió á entender sus desconfianzas. ¿Quien será el hombre vil, que se las inspiró? No han nacido de él, que es demasiado honrado.

ZANGA.

Mi amo está zeloso sobremanera; y un corazon, Señora, tan puro como el vuestro no es bien que sufra una desconfianza, que tanto os ultraja. Creo muy conveniente que le manifesteis vuestros pesares, recordándole la injuria del puñal, que arrebatadamente dexó caer; pues:::

LEONOR.

¡Zeloso! Este pensamiento me aflige. ¡Que poco generoso! ¡Quan incauto!::: ¡Zeloso! ¿Y por que? ¿Que causa da lugar á sus sospechas?::: Sin duda es un castigo del Ser Supremo, que quiere vengar en él los delitos de sus predecesores. ¡Ó quanto desmerece en mi cariño! ¿Y como un vicio tan vil

y detestable como los zelos ha podido ocupar un corazon tan lleno de pensamientos sublimes? ::: Le desprecio, sí: le odio ::: No, no puedo creerlo hasta que él me lo diga.

ESCENA VI.

ZANGA *solo.*

Todo sale á medida de mis deseos. Tal vez en este instante mismo le está llenando de oprobrios; y como él la cree culpada, se enfurecerá mas. Me prometo la ruina de ámbos en su misma saña.

ESCENA VII.

ZANGA, Y D. ALFONSO.

ZANGA *reconviniendo.*

Señor : : :

D. ALFONSO.

No me reconvengas. El cielo poderoso detuvo mi brazo; así lo advertí: sí, por fortuna lo advertí, y obedecí sus altas providencias. En otra ocasion podré vengar mi agravio.

ZANGA.

Sus delitos, Señor:::

D. ALFONSO *irritado.*

Moro infame, no me recuerdes funestos pensamientos, que casi habia olvidado::: calla, ó habla de otra cosa::: Dígote que la amo al infinito; y si es esta mi vergüenza, que lo sea. La amo á pesar mio sin duda, porque algun influxo sobrenatural, al qual no puedo resistirme, inflama mi pasion. No la agraviara por el mundo entero, pues la naturaleza me reprehende, y se opone á que la hiera. Ángeles, conservad su vida, como si fuese inocente::: Mas aquí se acerca mi hermosa Leonor. (*Á Zanga*) Vete.

ESCENA VIII.

D. ALFONSO.

Adorable Leonor, único objeto de mi amor:::

LEONOR *interrumpiéndole.*

¡Ay, Alfonso, quan poco satisfacen tan

dulces expresiones á mi oprimido pecho!

D. ALFONSO.

¿Lloras, Leonor?

LEONOR.

¿Y no tengo yo causas para un eterno llanto?

D. ALFONSO.

No puedo persuadirme á que las tengas; pues si, como es muy justo, te interesa mi amor, cree firmemente, que jamas amó nadie con tanto exceso. Tus lágrimas afligen mi corazon.

LEONOR.

¿Tan tierno es para conmigo tu corazon?

D. ALFONSO.

¿Dudas de su terneza para contigo? ¿Dudas de mi amor? : : : Te amo con frenesí, Leonor. ¡Ó si este abrazo durase siempre! (*La abraza*).

LEONOR *á parte.*

¿Que este hombre es capaz de injuriarme? ¿Que desea mi muerte? ::: Es imposible, sí: desprecio tan poco dignos pensamientos. (*Á Alfonso*) Estas

mis tiernas lágrimas manifiestan el placer dulce, que disfruta mi alma en este instante::: Y este puñal es un indicio falso::: (*Enseña el puñal que dexó caer D. Alfonso*).

D. ALFONSO.

¡Que veo! ¡Mi puñal en sus manos! ::: ¡Quan horribles imágenes renueva en mi alma!::: Arrójale: entreguémonos á las delicias del amor lícito, sí: ámame tiernamente, como yo te amo; y despreciemos qualquiera ilusion, que pueda interrumpir nuestro contento.

LEONOR.

Este puñal, este instrumento atroz:::

D. ALFONSO.

Arrójale, y no le nombres: habla del tierno afecto:::

LEONOR.

De la muerte.

D. ALFONSO.

Omite, si es que quieres complacerme, voces tan tristes.

LEONOR.

Un puñal siempre anuncia la muerte.

D. ALFONSO.

Temeraria muger, suspende, ó de otro modo:::

LEONOR.

Pues mi silencio te dirá::::

D. ALFONSO.

Yo me ausento por el bien de los dos. (*Quiere salir.*)

LEONOR.

Detente, Alfonso: merézcate Leonor esta gracia, siquiera por los grandes ultrages que ha sufrido: óyeme, y quítame despues la vida, si es que quieres verme exhalar el último suspiro.

D. ALFONSO.

Eterno Dios, ¡que tumulto de ideas!:::

LEONOR.

Padece mucho tu oprimido pecho; pero mas sufre el mio.

D. ALFONSO.

¡Ó quanto desprecias la causa de mis penas! Déxame huir: evita que mi enojo:::

LEONOR.

¿Y quien tiene mas fundados motivos

de irritarse? ¿Que accion mia merece tus oprobrios? Alfonso es delinqüente, porque concibe zelos de su honrada esposa. Sabiendo que te amo, ¿crees que amaré á otro? ¿Que hombre impio ha podido inspirarte tal idea? : : : ¡Ó debilidad! ¡ó error de vuestro sexô! Muchas veces, Alfonso, graduamos los agenos corazones por el propio; y debe ser muy poco sano el tuyo, pues piensas así del mio.

D. ALFONSO.

¡Ó sexô! ¡ó fatal sexô! ¿Es este tu idioma para con los hombres? (*Á Leonor.*) ¿Para que has renovado en mi mente los horrores, que con tanto cuidado procuré olvidar? Mas ya sé la causa::: Tú me insultas: me creiste incapaz de ofenderte; pero te juro por los tormentos fieros que he sufrido, que serás desgraciada.

LEONOR.

Satisface tu encono.

D. ALFONSO.

Sí, yo haré que tu lengua pronuncie la verdad.

LEONOR.

Pues ¿que pretendes?

D. ALFONSO.

¿Como tienes osadía de hacerme esa pregunta? Muger á un mismo tiempo débil y presuntuosa, ¿quien te ha dicho que dudo de tu conducta? ¿Quien que conspiro contra tí? ¿Quien que deseo tu muerte? ::: Has hallado un puñal, que nada significa::: Mas tu culpa, sí, tu culpa:::

LEONOR.

¿Te atreves á llamarme delinqüente? ¡Sagrado Dios!

D. ALFONSO.

Con tu conciencia hablo.

LEONOR.

Aun dudo si hablas de veras, si hablas serio.

D. ALFONSO.

Serio como la muerte.

LEONOR.

Apiádese de tí el Todopoderoso. Hasta ahora, hasta este instante me habia esforzado á no creerte tan débil: queria convencerme de tus desconfianzas, y dudaba siempre::: Te arrepentirás de tu desacato. (*Quiere salir.*)

D. ALFONSO.

Leonor, detente : advierto que sabes moderarte ; y que esa tranquilidad aparente es un arte del crímen para esconderle : quiero detenerte porque sepas que todos tus artificios no podrán librarte de mí.

LEONOR.

¿Mis artificios?

D. ALFONSO.

Sí ; tus artificios::: La muerte está en mis manos.

LEONOR.

No, sino en tus palabras.

D. ALFONSO.

Declara, confiesa luego, y evítame el tormento de obligarte.

LEONOR.

Me avergüenzo, hombre injusto, de responderte.

D. ALFONSO.

¡Lo rehusas! Pues llegue hasta el extremo tu vergüenza. Dime: ¿adonde hallé yo este retrato?

LEONOR.

¡Que advierto! ¡D. Cárlos! ¿Quien inventó esta perversa trama?

D. ALFONSO.

Hasta la naturaleza se cansa de tí, muger infiel.

LEONOR.

Arrepiéntete: mira por tu decoro, y por el mio.

D. ALFONSO.

¡Yo arrepentirme!

LEONOR.

¿Te atreves á persistir en mi deshonra? ¿Me crees infamada?

D. ALFONSO.

Sí: te creo muy proterva y exêcrable.

LEONOR

Se da una puñalada, que no puede impedir Alfonso.

Este golpe podrá desengañarte.

D. ALFONSO *gritando.*

Zanga, Zanga, Isabel. ¡Dios mio, su sangre derramada! Espíritus celestes, socorredla, amparadla.

LEONOR *con voz espirante.*

Así te ofendia Leonor, así te deshonraba. Créeme todavía culpada, hombre inhumano::: ¿Pretendes ahora obligarme? (*Quiere Alfonso socorrerla*). Retírate: no puedo permitirte::: (*Le aparta*).

ESCENA IX.

LEONOR *desangrándose*, D. ALFONSO, Y ISABEL.

LEONOR *con voz flàca.*

¡Desdichado hombre! tienes motivo de confundirte y temblar; mas pon tu terror y espanto adonde debes. No es mi sangre, no, la que puede estremecerte; es tu espantosa situacion. ¿Que

hiciste? ¿De que muger has sospechado, hombre impio, de Leonor?::: ¿Y quieres salvar su vida despues de deshonrarla? ¡Ó inconseqüencia! ¿Habia yo de vivir llena de oprobrios? ::: ¿Podia abatirse Leonor á otros medios que á este para justificar su honor y su virtud? ::: Miéntras podias atribuir mi silencio á otra causa que á la verdad: miéntras podias tomarle por una vana excusa, me desdeñaba de declararte mi inocencia; mas ya están satisfechas tus imprudentes dudas::: La herida que ménos me penetra es la del acero. (*La lleva Isabel.*)

ESCENA X.

D. ALFONSO *solo.*

¿Si estaria inocente esta muger? ¿Y si por mi desgracia ha sido incierto quanto yo he creido?::: ¡Ó, y que cruel seria esta verdad! ::: ¡Cielo piadoso, haz que ella esté culpada, ó priva al triste Alfonso de la vida! ::: Si el que oca-

sionó su muerte viese mi situacion, temblaria de horror aun en el sepulcro. ¡Como podré soportar tantas desgracias, quando la única felicidad á que aspiro es el averno, en donde quizás hallaré un asilo contra trabajos tan horribles!

ESCENA XI.

ZANGA.

¿Como estamos de cuentas la venganza y yo? Mucho me ha pagado, pero aun no me ha satisfecho. Me ocurre un buen pensamiento; mas tal vez se frustraria: no, no consiento en él::: Sin embargo, una venganza tan completa merece por premio mi vida. Muerte, infierno, os desprecio. Me resuelvo: esto ha de ser.

ESCENA XII.

ZANGA, Y ISABEL.

ISABEL.

Mírame, Zanga, mira como tiemblo.

¿Aun no está satisfecho tu cruel corazon? ¡Infeliz Leonor!

ZANGA.

¿Que? ¿que fluctúa en su inocente sangre, y va á exhalar el último suspiro? Todos hemos de morir.

ISABEL.

Don Alfonso sobresaltado y combatido de mil remordimientos, quiso darse muerte; pero viéndose sin armas, maldice á los amigos, que se las han quitado por evitar una desgracia: importuna al cielo, clamando por la destruccion de su persona: llamaba á Zanga con grandes voces; y transportado del delirio decia: mira á Cárlos, que viene de la eternidad á confesar la verdad, que Leonor niega.

ZANGA.

Muy bien. Retírare por ahora. Corazon mio, sacia tus deseos, consuma la mas heroica venganza.

ESCENA XIII.

ZANGA, Y D. ALFONSO.

ZANGA *irónicamente.*

No tembleis tanto, explicaos.

D. ALFONSO *apoyándose en Zanga.*

No me atrevo; y:::

ZANGA.

Mucho os angustiais.

D. ALFONSO.

¡Y con quanto motivo!

ZANGA.

Hasta ahora no le alcanzo.

D. ALFONSO.

¿Deliras, Zanga?

ZANGA.

Pues aun no han empezado vuestros tormentos: os han engañado.

D. ALFONSO.

¿Engañado? ¿y quien?

ZANGA.

Será poco consuelo el averiguarlo.

D. ALFONSO.

Para mí seria grande.

ZANGA.

¿Lo creeis así?

D. ALFONSO.

Te lo juro por el cielo : entrega el monstruo á mi furor.

ZANGA.

Sabe, pues, que he sido yo.

D. ALFONSO.

¡Si estoy soñando! ¡Es creible, eterno Dios!

ZANGA *con fiereza.*

Confúndete, y sabe que tu infeliz muger era inocente. Yo soy el que te lo asegura con grande gusto, y no otro: yo el que apresuró á Don Cárlos para que te la cediese: yo el que fingió la carta, el que colocó el retrato: yo en fin quien te aborrece, desprecia, y aniquila.

D. ALFONSO.

Se desfallece, y cae en tierra.

¡Ay, divina Leonor!

ZANGA.

Este golpe equivale al que me diste. Espíritus, que amais la justa vengan-

za, ¿adonde estais? Acercaos, y ceñiréis mi frente de laureles. Giman consternados los habitantes de Europa al mismo tiempo que se alegran mis caros Africanos. ¡Ó fieles compatriotas! Inclinad vuestros ojos hácia la tierra, y veréis á mis pies á nuestro vencedor; pero la insensibilidad en que está le evita mi indignacion: quiero sacarle del letargo, y hacerle conocer el horror de su situacion, pára que sufra mas tormentos que en el infierno ::: Alfonso, Alfonso, (*le menea*) resucita, invencible mortal, tú que sujetabas al orbe entero.

D. ALFONSO.

Volviendo un poco del desmayo.

¡Ó esclavo inhumano!

ZANGA.

Christiano infeliz, víctima de mi rabia, tú mismo te desprecias quando crees ajarme. Mírame: yo soy el Moro, tu esclavo vil, que sufrió el golpe afrentoso. Maldita sea para siempre la mano que me le dió, y me obliga á tan

baxos procederes ::: No obstante seis años de una continua esclavitud, no han podido borrar de mi rostro la magestad de un Príncipe, que aunque infamado, es superior á tí. Quando privaste de la vida al grande Abdalá, al Rey Moro, combatia á su lado este tu esclavo: yo soy su hijo, sí, su desgraciado hijo. (*Se estremece D. Alfonso.*) Veo que esta noticia te conmueve. Sabe, pues, que quando deseoso de aliviar sus mortales ansias despreciaba los riesgos, me ví cercado de un esquadron tuyo, que me hizo prisionero. Desde aquel fatal momento soy tu esclavo. ¿Y qual es el salario de mi fiel servidumbre? Se estremece el cielo al oir mi vergüenza ::: ¡Fué el salario una bofetada recibida de la mano de un mortal!

D. ALFONSO.

¡Ó traidor! ¡ó infame hombre!

ZANGA *mostrando un puñal.*

Tus baldones y esfuerzos son en vano.

D. ALFONSO.

¿Es este, ingrato Zanga, el premio de mi amistad sincera? He tenido por amigo un tigre::: Cárlos murió: Leonor está espirando, y ámbos asesinados por mí. ¡Aquella muger divina, que debió ser inmortal, ó que á lo ménos hubiera espirado dulcemente, ha sido asesinada! ¡Ó vergüenza! ¡ó crímen! ¡ó remordimiento! ¡ó castigo! Si no hubiese infierno, el cielo justo le haria para mí::: ¡Ay, Leonor!

ZANGA.

¿Te quejas porque sufres las desgracias? Pues quéjate de ser hombre. Príamo cayó desde la mas elevada fortuna: lloró el grande Alexandro en el centro de sus glorias: los héroes y semidioses han estado sujetos á las penalidades: lloráron los Césares; y yo recibí una bofetada::: Mas ya lavé la mancha, y estoy vengado. Por tanto para que sea completa mi venganza, quiero patentizarte mi justicia. Reconoce en mí un Príncipe, cuyo padre

has muerto, despues de inundar la tierra con sangre de sus míseros vasallos: aunque hijo del Rey, no heredé ninguna preeminencia de su corona; pero sí un deseo muy grande de vengarle, y de saciar mi saña en tus amargas penas. Si te preguntan quien te conduxo al fin, responde, que un Moro justiciero, y no te desdeñes de confesarlo; y aunque los blancos y helados Europeos se atrevan á censurar esta accion, desprécialos, y hazlos ver, que no les corresponde graduar á hombres superiores á su especie, hijos del sol, almas de fuego, entre los quales la venganza es una virtud::: Y pues ya estoy plenamente satisfecho, voy á enseñarte á morir: voy á mostrarte el mas sublime, el mas heroico exemplo, que espero seguirás muy brevemente. *Quiere herirle, y Don Alfonso le detiene: entra en este tiempo Álvarez, y asegura á Zanga: entretanto Don Alfonso se da la muerte con el puñal, que arrancó de las manos del Moro.*

ESCENA XIV.

ZANGA, D. ALFONSO, Y ÁLVAREZ.

D. ALFONSO.

No, monstruo fiero, no esperes que mi muerte::: (*Inclinándose á Álvarez.*) ¡Ay, padre mio!

ÁLVAREZ.

¡Hijo mio infeliz!::: En este instante acaba de referirme Isabel estas desgracias, que son muy superiores á mis fuerzas ::: ¡Hijos de mi alma! ¡Dios eterno, piedad, piedad imploro para mis desgraciadas víctimas!

D. ALFONSO

oye un suspiro entre los bastidores.

¡Que suspiro tan tierno y penetrante!::: Me parece conozco aquel acento.

ZANGA.

Yo, que he devorado tu corazon, quiero todavía despedazarle mas : aquel suspiro es de tu inocente esposa, que ha exhalado el último aliento.

ÁLVAREZ

se acerca al bastidor, y retrocede.

¡Ay, infeliz Leonor! ¡Ay, hija mia, víctima del honor y la virtud! ¡Ó padre desgraciado!

ZANGA.

Yo me complazco aun entre las cadenas: mi alma noble y firme saca ventajas de los infortunios: me he prometido en mis grandes desgracias la venganza::: Si no estuviese en esta lamentable situacion, no sabrias que en ella te desprecio, por mas tormentos que me preparen. Derramaré la sangre: despedazarán mis carnes con tenazas; y como la naturaleza quiere que el sentimiento del dolor se exprese con gemidos, acaso gemiré; pero mis sentidos serán inobedientes á mi alma, que te desprecia en el cadahalso, como en la batalla.

ÁLVAREZ.

Sella el labio, malvado.

ZANGA.

Viejo infeliz, miéntras que respire ha-

blaré, pues sé que aun no te atreves á privarme de esta vida penosa.

D. ALFONSO *delirando.*

¿Quien llama á Alfonso?

ÁLVAREZ.

Nadie, hijo mio.

D. ALFONSO.

Esta es la voz de Cárlos, que me llama: obedezco: allá nos juntarémos. (*Sacándose el puñal.*) Las heridas que penetráron hasta mi alma, ya las he recibido: ya estoy muerto; y este acero servirá para señalar mi cuerpo en el sepulcro. (*Se da, y espira.*)

ZANGA.

Amables verdugos, permitidme un instante de reflexîon: ya está pronto el cadahalso, que he de regar con mi sangre: sé que voy á morir; pero ántes quiero reconocer este cadáver::: ¿Es éste Don Alfonso? ¿Adonde está el orgullo de su frente? Esta es la horrible mano que me infamó. Ya espiraste, y contigo tambien espiró mi odio. ¿Es este el cuerpo del conquistador del Áfri-

ca?::: No se enfurece el leon con un cadáver, ni mi rabia feroz: solo con tu muerte pudiera haberse aplacado mi odio. No obstante, la turbacion y el terror se apoderan de mí, y tus virtudes me confunden::: ¡Ó atroz venganza! Te he obedecido en todo; mas ahora el infierno me espera con sus voraces llamas. (*Le llevan.*)

ÁLVAREZ.

¡Ó terribles efectos de los zelos! Evite el hombre cuerdo sus primeras impresiones: resista á los indicios, y no crea las sospechas; pues gobernado por esta pasion despótica, abusa de sí mismo, y cada qual halla un Zanga en su corazon.

F I N.